

EDICIONES  
BUSTAGNE



# Gente Alegre



Rosita Moreno  
Roberto Rey  
Ramón Pereda



GENTE ALEGRE

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18861 - BARCELONA

## GENTE ALEGRE

Interesante asunto, totalmente hablado en español

Dirigido por

E. D. VENTURINI



Es un film PARAMOUNT

Distribuida por

PARAMOUNT FILMS, S. A.

Paseo de Gracia, 91

BARCELONA



Argumento narrado por Ediciones Bistagne

INTÉRPRETES PRINCIPALES

**Roberto Rey**

**Rosita Moreno**



# GENTE ALEGRE

---

## ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

---

### I

El público había llenado el teatro por ser la última noche. Era como un homenaje a Magda Martín, la vedette, ya que la revista era tan mala, que apenas se había mantenido dos semanas en los carteles.

Magda Martín triunfaba siempre. El fracaso de las obras en que tomaba parte no afectaba en nada a su belleza, a su gracia, a su arte lleno de juvenil vivacidad.

Bailando, sobre todo, era una maravilla. Aquellas piernas tan lindas poseían una elasticidad y una seguridad asombrosas y todo su cuerpo, esbelto como el de una estatua helénica, frágil como el de

una adolescente, parecía forjado en la plasticidad estética. Cada movimiento era como el acorde o el compás de una sublime sinfonía.

Viéndola actuar a ella, oyendo las ovaciones con que el público premiaba su labor admirable, nadie habría dicho que se estaba representando una revista fracasada.

Ante la puerta del camerino de Magda había siempre cola y aquella noche la afluencia de adoradores era mayor aún. Pero un ordenanza se había situado ante la puerta por orden de la artista y daba el pasaporte a todos los que iban llegando.

El último desairado fué un po-

## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

llo de sangre casi azul y bigotillo casi "charlot" que llevaba debajo del brazo una caja de más de un metro de longitud. El ordenanza se preguntó si aquella caja contendría un ramo o un estoque y le dijo como a los demás:

—Esta noche Magda Martín no recibe.

—¿Usted sabe quién soy yo?

—Perdone que no se lo pregunte, señor. Magda Martín me ha dicho: no quiero recibir *absolutamente* a nadie. En este *absolutamente* está incluido incluso el presidente Hoover. Así cuando menos, lo interpreto yo.

El aristócrata miró al ordenanza de arriba abajo y repuso:

—Transmitale de mi parte esta carcajada: ¡Ja, ja, ja!

Salió a la calle por la puertecilla del escenario, tropezando con los pies de Serafín, el portero, que fumaba indolente sentado en un viejo sillón y con las piernas estiradas a lo largo del umbral.

El aristócrata le dirigió una mirada olímpica.

—Usted no es un portero: es una valla—dijo y se alejó tranquilamente.

Al llegar a la primera papelería pública, arrojó en ella la caja que no había podido regalar a la ve-

dette e hizo el mismo gesto de altivo desprecio con que había abrumado al ordenanza al pedirle el dólar que le había dado para que le abriera la puerta del camerino y recibir una negativa avarienta.

Serafín, el portero, se le había quedado mirando al oírse llamar valla, pero volvió en seguida a su indolente actitud diciéndose filosóficamente que mayores contrariedades había tenido que sufrir Napoleón en Santa Elena.

Repetía Magda uno de sus números de baile.

Del Val, situado estratégicamente entre bastidores, contemplaba a la estrella con ojos de codicia.

Del Val era uno de los empresarios más hábiles de Broadway. Había empezado engañando a pequeñas compañías y a modestos cuadros artísticos que llevaba por los pueblos de los alrededores y que no veían un céntimo ni dibujado y, poco a poco, llegó a su actual posición de hombre rico y empresario de primera categoría.

Su actual fracaso era inexplicable. Max, el encargado, lo interpretó así al acercarse a él cuando contemplaba embelesado a Magda en su actuación de despedida:

—Esa mujer te ha trastornado la cabeza y va a ser tu ruina.



Del Val sonrió.

—Esa mujer no me ha trastornado nada. No creo que haya ninguna capaz de hacerme perder la serenidad hasta ese punto.

—Lo cierto es que has tenido tu primer fracaso.

—Azares de la vida.

—Pero da la coincidencia de que esos azares sólo han sobrevenido desde que andas loco detrás de Magda Martín.

—Simple coincidencia. Aparte de eso, no me negarás que es una mujer única. Mira. Cimbrea como el tallo de un rosal. ¡Qué hermosas promesas de delicias hay en cada uno de los movimientos de su cuerpo! Y, como artista, no digamos nada. Es la última noche y baila como si fuera la primera. De no ser por ella, la revista, en vez de dos semanas habría durado dos días.

—Lo malo es—comentó Max—que si siquiera en tu conquista tienes suerte. Esa muchacha es en absoluto inasequible.

—¡Bah! Otras plazas más fuertes se han rendido.

—Pero ¿con qué clase de armas? Joyas y más joyas, dinero y más dinero. No creo que te queden

ganas de emprender un ataque en esas condiciones después del fracaso económico que acabas de sufrir.

—Pues te equivocas. Precisamente hoy he adquirido mi primera arma. Mira.

Extrajo del bolsillo un estuche, lo abrió y mostró su contenido a Max.

Este lanzó una exclamación de sorpresa. Se trataba de un hermoso brazalete de brillantes.

—¡Pero eso te habrá costado un dineral!

—Todo lo bueno cuesta.

—Lo menos quince mil dólares.

—Por ahí, por ahí.

—¡Estás loco!

—¿Por qué?

—¡Gastarte quince mil dólares cuando se te echan encima los gastos de la nueva revista que has de preparar!

—Las joyas son siempre dinero.

—Pero un dinero que se va a otras manos.

—No lo creas. Teniéndolo Magda es como si lo tuviera yo.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro. ¿Tan tonto me consideras?

—Tonto, no. Un poco chiflado nada más.

II

Apenas se fué Max, llegó la señora de Morel, una solterona cargada de dinero y de pretensiones que se dedicaba a *hacer* artistas del género masculino.

El motivo de aquella protección que, además, le originaba continuos e importantes desembolsos, no era un secreto para nadie que conociera el régimen de vida de aquel Mecenaz con falda.

Se acostaba al amanecer y se levantaba cuando encendían el alumbrado público, no estando sola un momento ni de día ni de noche. Su debilidad eran los hombres jóvenes y guapos, debilidad muy generalizada entre el bello sexo, pero que muy pocas damas tienen la... audacia—de algún modo hay que llamar a *eso*—o la sobra de dinero que se requiere para llevar la cuestión al terreno práctico, cosa que venía haciendo la señora de Morel desde que apareció en su rostro la primera arruga.

Tan absorto estaba del Val en la contemplación de su *vedette*, que no se dió cuenta de la llegada de la alegre señora hasta que ésta le dió un golpecito en el hombro.

—¡Mi querida señora de Morel!

Ella sonrió con sarcasmo.

—No se esfuerce en aparecer amable. Usted sólo tiene amabilidades sinceras para con esa niña bonita que ahora mismo estaba contemplando con embobamiento.

—Usted es la menos llamada a decir eso. Bien sabe que le he dedicado siempre toda la atención que merece una dama de su distinción y de su talento.

—Lo que sé amigo mío, es que mis dos últimos recomendados empezaron en el coro y en el coro continúan, a pesar de que corrieron de mi cuenta todos los gastos que le ocasionaron.

—No ha habido tiempo para nada, amiga mía. La revista no ha

hecho más que empezar... empezar a morir. En dos semanas ni un Chevalier puede hacer una carrera artística.

—No trate de disculparse. Esos dos muchachos no me interesan ya lo más mínimo. Ahora tengo... otras preocupaciones. Lo que puedo asegurarle es que no volveré a tratar con empresarios de revista, y menos con usted.

—Lo siento y desearé que esas... otras preocupaciones lleguen al pínaculo de la celebridad.

—No es más que una preocupación, pero que ha triunfado en toda regla. En una semana se ha situado al final del programa y en la puerta de su camerino hay una estrella.

—¿Estrella o astro?

—¡Vaya una pregunta! Las estrellas son mis rivales, bien lo sabe usted. Ellos, en cambio, son mis amigos.

—Pues la felicito por el éxito.

—Gracias. Pero no espere usted que le dé detalles precisos. Se trata de un tenor...

—¿De ópera?

—No. Algo más ligero: un exquisito *chansonnier*.

—¡Bravo!

—No tardará en conocerlo. Dentro de unos días será popular

en todo el territorio norteamericano.

Y, con una sonrisa de burla, le tendió la mano.

—Adiós, querido.

—Adiós, amiga mía.

\* \* \*

Cuando terminó la representación comenzó la desbandada de las artistas. Todas se despedían del empresario y, entre ellas, había besos y lágrimas de adiós.

Del Val decía invariablemente.

—Hasta pronto. Ya las avisaremos para comenzar los ensayos de la nueva revista.

Pero ellas, por lo que pudiera ocurrir, se daban por despedidas para siempre. ¡Quién sabe lo que ocurriría en las dos o tres semanas que habrían de transcurrir para comenzar los nuevos ensayos! En quince días, una de esas muchachas del coro acostumbradas a mover los pies con ligereza asombrosa, puede plantarse en la Manchuria, si la acosa la necesidad o la impulsa algún buen negocio.



## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

¿Cómo podían saber aquellas mariposas solitarias los vientos que soplarían en los días futuros y el rumbo que tomarían sus alas agitadas por el vértigo de la vida?

Por eso se besaban llorando y se decían:

—Hasta pronto o hasta nunca.

Siguieron otras escenas conmovedoras.

Todas tenían una frase de afecto y un modesto regalito para Serafín, el portero, que tantos recados provechosos les había tomado.

Una le acariciaba la barbilla, otra le daba unos golpecitos cariñosos en el carrillo y alguna, más desligada de los convencionalismos sociales, le daba un beso.

Serafín estaba también muy emocionado y correspondía del modo más *demostrativo* posible a las despedidas enternecedoras. A todas decía lo mismo:

—Adiós, hija mía. Salud y suerte.

Y, si alguna se dejaba abrazar, por él no quedaba.

El que se guíe por lo de "hija mía" para deducir la edad de Serafín, sufrirá un error.

Serafín frisaba en los treinta años y estaba pletórico de juventud y de vida, a pesar de que parecía más viejo, debido a un bigote estilo cepillo viejo que se había dejado con objeto de poder inspirar a las señoritas del conjunto respeto y confianza, lo que tenía gratas consecuencias como aquella noche se estaba demostrando.

Pasó la última "hija" por la puertecilla del escenario. Comenzaron a apagarse las luces. Dejaron de oírse los motores de los autos que partían. Paz y silencio.

Pero aun quedaban en el teatro las primeras figuras. Serafín volvió a ocupar su puesto. Se arrellanó en el sillón y apoyó los pies en la jamba de la puerta poniendo una barrera humana en aquel umbral.

Decididamente era el rey de los porteros de las puertecillas de los escenarios de los teatros de revistas, trono absurdo y antigramatical que sólo era capaz de poscer aquel hombre que por fuera parecía Charlot y por dentro don Juan Tenorio.

## III

Felicia ayudaba a Magda en la delicada tarea de barrer hasta la última huella del disfraz escénico.

Si el narrador fuera un maestro de los pinceles se evitaría aquí muchas palabras que en modo alguno han de dar una idea exacta de cómo era Magda en aquellos momentos de intimidad.

Con los pinceles sería posible combinar colores hasta conseguir aquel delicadísimo matiz, mezcla de rosa y nieve, que se combinaba con la línea perfecta y firme de la pierna, entregada ahora a las manos hábiles de Felicia que la sometían a un ligero masaje.

Con pinceladas sería posible repetir el milagro de colorido y de forma de ese modelo de belleza plástica que es la Maja, de Francisco de Goya, belleza que aquí estaría aumentada por el encanto de lo incompleto, ya que sólo asomaban fragmentos de la maravilla estética por entre los resquicios del peinador negro.

Un sueño de nácar arriba, bajo la garganta, donde comenzaba una pendiente de deliciosa suavidad que terminaba en un sostén semitransparente también negro y brillante como el azabache.

Esto y las piernas prodigiosas, pletóricas en las rodillas y en el comienzo del muslo era todo lo que permitía ver aquella *toilette* de raso negro. Lo demás había que adivinarlo y acaso esto iba en beneficio de lo oculto porque dependía de la imaginación.

De pronto, sonaron en la puerta unos golpes indiscretos.

—¿Quién? — inquirió Magda, contrariada.

—Del Val. Tengo que hablar con usted.

El empresario había intentado ya conversar con ella a solas después de la representación, cuando transportó hasta su camerino el montón de regalos que el ordenanza acababa de entregarle. Pero entonces Magda estaba acosada por



## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

sus compañeras y por sus adoradores más vehementes y creyó conveniente dejarlo para cuando el último espectador y la última artista hubieran salido del teatro.

Magda repuso:

—Espere un momento.

Cogió la ropa, las medias, los zapatos y se refugió detrás del parabán.

—Ya puede entrar.

Apoyó los desnudos brazos en el parabán y la barbilla sobre las manos.

Del Val entró y se sentó, sin esperar a que le invitaran, en un diván que había cerca del tocador y enfrente del escondite de la estrella.

—Vengan esas noticias, amigo Del Val.

—Será preferible que termine usted de arreglarse.

—¡Pero si apenas he comenzado!

—Estoy a su disposición para ayudarla.

—Se agradece la buena intención, pero hace ya algunos años que he aprendido a vestirme sola.

Desapareció completamente detrás del parabán.

—¡Y cuidado con que se mueva de ahí!—le amenazó—. Termina-

ria nuestra amistad instantáneamente.

—Esté usted tranquila. Ante una amenaza así sería capaz de dejarme atar al asiento con cables de ascensor.

—Así me gusta. Los hombres serios han de ser buenos chicos.

—De lo que no me siento capaz es de poner una venda a mi imaginación. En este momento la veo tan perfectamente como estoy viendo a Felicia.

Magda lanzó un grito como si sintiera en su carne el pinchazo de aquella mirada curiosa.

—Haga el favor de emplear la imaginación en representaciones menos indiscretas.

—El pensamiento es libre, querida Magda. En este momento ajusta usted la liga en lo alto de la media.

—Es verdad, el pensamiento es libre. Por eso yo, por muchos esfuerzos que hago, no logro despojarme del convencimiento de que es usted la fresca personificada.

Felicia se echó a reír y, como también era dueña de sus pensamientos, se dijo: "¡Chúpate esa!"

\*\*\*

Ya estaba Serafin dando cabezadas cuando llegaron hasta la

puerta dos pintorescos personajes—hombre y mujer—con la pretensión de que les permitieran la entrada.

—En el teatro no queda nadie más que Magda Martín—dijo el celoso portero para alejar a la pareja.

—Precisamente es a Magda a quien buscamos—replicó la joven.

—Ante todo, precisemos. ¿Quiénes son ustedes?

—Tilín—repuso ella señalando a su acompañante—y Tilón—añadió señalándose a sí misma.

—¿Tilín y Tilón? No me suena, aunque parece una campana.

La joven, que tenía en los ojos la vivacidad de un centenar de mujeres vivarachas, se echó a reír, a pesar de que maldita la gracia que le había hecho aquel chiste hecho a costa de su nombre.

—¿Qué gracioso! Estoy segura de que a Magda ha de hacerle mucha gracia. Vamos a contárselo, Tilín.

Había cogido a su esposo, pues lo era, de la mano, y tiraba de él con el propósito de aprovechar aquella oportunidad para colarse.

Pero no conocían a Serafín. Este, con gesto majestuoso, cubrió el hueco de la puerta adoptando la actitud del crucificado.

—Se lo tendrán que contar por carta porque esta puerta no la cruza nadie.

—¿Pero si Magda es muy amiga nuestra!

—Eso se lo cuentan ustedes a Rita.

Al oír estas palabras despreciativas, Tilín tuvo ocasión de demostrar quién era. Abrió la boca y comenzó a fluir de ella un torrente de palabras que parecían disparadas por una ametralladora.

Hablaba a una velocidad fantástica.

—¿Quién es usted para dudar de nuestra amistad con Magda Martín? ¡Oh, esto es demasiado! Desde que éramos así de pequeños nos conocíamos. Mi mujer ha sido para ella como una hermana. Luchamos los tres al mismo tiempo por la celebridad. Ella corrió más. Nosotros corrimos menos. La vida es así. El que más corre más avanza, y el que menos corre se queda atrás. Pero nosotros no estamos parados. Tenemos un número que ha de causar sensación. Ya sabe usted lo que son estas cosas. La mayor parte de las veces el éxito depende del número. Un artista regular triunfa en número bueno. Un artista bueno fracasa en un número malo. Claro que hay

artistas y hay artistas, pero no es menos verdad que hay números y hay números. Estoy seguro de que usted no abriga la menor duda acerca de esto, pero si la abriga, tanto monta. Nosotros hemos venido porque sabemos que la revista ha fracasado. Y si la revista ha fracasado, hay que preparar otra. Y si hay que preparar otra, nosotros podemos tener cabida en ella. Es decir, podemos dar por seguro que tendremos cabida en ella, porque hay números y hay números y, como le hemos dicho, nuestro número es un éxito grande, lo que se llama un verdadero éxito...

En este tono, continuó hablando y hablando. Más de doscientas palabras por minuto. Un taquígrafo que hubiera podido recoger todas sus palabras, habría obtenido fama mundial y varias cruces.

Serafin le miraba estúpidamente. ¿Aquello era una persona o una máquina de vomitar palabras?

Por fin, rendido del esfuerzo de atención, aturdido por aquel fra-

gor que tenía todos los visos de un record de charlatanería, a punto de caer k. o., se llevó las manos a la cabeza, dirigió después una mirada feroz al charlatán y bramó:

—¡Basta!

Pero Tilin no encontraba la palanca mental del freno. Era aquel un fenómeno semejante a lo que ocurre a los ferrocarriles cuando se lanzan cuesta abajo a una velocidad excesiva.

Serafin retrocedió con aquel gesto heroico de los caballeros antiguos cuando iban a echar mano de la espada.

—¡O se calla usted o no respondo!

Y como Tilin continuara hablando, el caballero medioeval se convirtió en un león de la selva. Se encogió, midió la distancia para saltar sobre Tilin, y ¡quién sabe lo que habría ocurrido si Tilin, oportuna no se interpusiera entre ambos!



## IV

Era una medida que la joven esposa había de tomar repetidas veces, pues estaba acostumbrada a escenas semejantes.

Empujó suavemente a su marido, que no por eso cesó en su huracanada charla, y tomó por su cuenta a Serafín.

—No le haga usted caso—le dijo dulcemente—. No lo puede remediar. Es una enfermedad de nacimiento.

—¡No pretenderá usted hacerme creer que cuando nació hablaba así!

—Hablar no, porque no sabía, pero lanzaba gritos extraños y tan continuos que la gente le puso el mote de "el grillo del hogar".

Serafín no pudo reprimir una carcajada, pero en seguida se puso serio, pues comprendía que la risa es lo que más hace perder la autoridad a los hombres, autoridad de que él estaba tan necesitado en aquellos momentos.

—Todo eso está muy bien, señora. Pero esta puerta es impenetrable y, por bien de ustedes, les recomiendo se vayan con la música a otra parte. Aquí van a perder el tiempo lastimosamente, y en esta misma calle hay varios teatros que pueden desear un número como el que ustedes ofrecen.

Se volvió a sentar en el sillón y puso sobre el umbral la barrera de sus piernas. Encendió la colilla del puro y se dispuso a descabezar el segundo sueño.

Pero precisamente la especialidad de Tolón eran los hombres adormecidos y comenzó a hacerle cosquillas en la barbilla y a decirle muy cerca del oído palabras dulces que culminaron en una canción de cuna.

—Duerme, niño chiquito, que viene el coco...

Pero, en vez de dormirse, lo que Serafín hizo fué espabilarse hasta el punto de volverse a levantar pa-

ra ofrecer nuevamente la barbilla a aquellos dedos de suavísimas yemas.

Tilón, comprendiendo que la fortaleza estaba a punto de rendirse, le acarició no sólo la barbilla, sino la mejilla derecha, lo que acabó de convertir a Serafín en un hombre sin voluntad.

Entonces Tilón empujó a Tilín hacia el interior del teatro y, después de dar un tironcito cariñoso de la nariz del portero, entró en pos de su marido, sin que Serafín, que se hallaba en una especie de éxtasis turbador, hiciera nada por evitarlo.

Y así fué cómo Tilín y Tilón llegaron hasta el camerino de la famosa estrella Magda Martín.

\* \* \*

Ya estaba Magda vestida.

Había salido de su refugio y preguntado a del Val.

—¿Cuáles son esas importantes noticias?

—Que he pensado en invitarla a cenar esta noche.

—No tengo apetito.

—Por eso no se preocupe. Tome usted un poco de te. Lo que yo quiero es estar a solas un rato en la deliciosa compañía de mi estrella para celebrar el triunfo de mi gran fracaso.

—Bueno. No quiero desairarle. Pero a condición de que nos retiraremos pronto. Media horita de charla ya está bien.

—No me parece suficiente, pero, en fin, ¿qué remedio me queda si no resignarme?

—No comprendo cómo un hombre de su inteligencia no tiene tiempo en media hora de decir cuanto se le antoje.

—Lo que tengo que decirle no es cuestión de inteligencia, Magda—repuso del Val con emocionada gravedad.

—¡Uf! ¿Qué mal me huele esto! Supongo que no llevará usted intención de hacerme una declaración amorosa.

—¡Magda!...

—¡La débacle! Esa exclamación me demuestra que he puesto el dedo en la llaga.

—Le ruego que no haga suposiciones aventuradas. Aunque así fuera, aunque estuviera enamorado de usted, ¿no merezco siquiera que escuche mis argumentos en el



grato ambiente de un restaurante de moda?

—¡Caramba, no se ponga usted lúgubre! ¡Vaya una cara que ha puesto! Escucharé sus argumentos. Pero con una condición: la de contestarle por anticipado que no puedo corresponder a ese afecto, aunque se lo agradezco mucho.

—Aceptada la condición.

—Por lo visto, tiene usted esperanzas de persuadirme.

—No hagamos cábalas. Los hechos hablarán.

—Perfectamente. ¿Adónde vamos a ir?

—Al café Cirano.

—Pues andando.

Pero antes de que dieran un paso hacia la puerta, ésta se abrió y aparecieron Tilín y Tilón en una actitud de asalto por sorpresa que escamó sobremanera a del Val.

Tilón se abalanzó sobre Magda, la estrujó entre sus brazos y le dio dos formidables besos en cada mejilla que resonaron en el camarino como cuatro disparos de pistola automática.

Al mismo tiempo, Tilín, al ver al famoso empresario y reconocerlo, se fué hacia él vomitando palabras de admiración.

—¡Querido señor del Val!

¡Cuánto celebro poder estrechar su mano!

Pero del Val, en vez de corresponder tendiendo su mano, contestó, fríamente:

—No tengo el honor de conocerle, señor.

—Magda sí que nos conoce—intervino Tilón.

—En efecto—convino ésta—. Son dos buenos amigos de mis primeros tiempos de lucha. Jamás olvidaré lo que entonces hicieron por mí.

—Siendo así—dijo del Val disimulando su contrariedad—, tienen también toda mi estimación.

Y estrechó la mano de Tilón que continuaba tendida hacia el empresario.

—Gracias, señor del Val—contestó Tilón—. Eso nos da ánimos para pedirle un favor inmenso y que a usted no le costará nada conceder.

—Ustedes dirán—repuso del Val cada vez más escamado.

—Se trata—explicó Tilín disparando la traca de su verborrea—de que usted presencie nuestro número y juzgue de nuestro trabajo que por original y humorístico estamos seguros de que ha de serle de suma utilidad en su nueva revista. Y digo la nueva revista por-

## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

que tengo la seguridad de que está usted preparando otra para fecha muy próxima. Creo que hemos sido oportunistísimos, porque dada la premura con que usted necesita sin duda preparar el espectáculo, le vendrá muy bien este numerito que ni siquiera necesitaremos ensayar porque lo sabemos de memoria.

—Bueno, pero ahora...—le interrumpió del Val aprovechando el momento en que Tilón hizo una brevísima pausa para aprovisionar de aire a sus pulmones.

No pudo terminar la frase porque Tilón había reanudado el hilo de su discurso.

Del Val, perplejo, se desplomó en el diván. Tilón se abalanzó sobre el esposo-ametralladora y le tapó la boca consiguiendo hacerle callar por este medio violento y heroico.

Entonces, Magda, que tampoco se sentía en aquellos momentos con abnegación suficiente para presenciar el ensayo de un número, salió en defensa de del Val.

—Realmente ahora nos es imposible atenderlos, queridos, porque nos esperan en el café Cirano.

Enlazada por el talle, condujo a Tilón hasta la puerta, mientras el empresario, siguiendo el ejemplo de Magda, cogía a Tilón fuer-

temente por un brazo y lo arrastraba en la misma dirección.

—Adiós, querido amigo—decía al mismo tiempo—. Hasta otro rato. Ya sabe usted que tiene en mí a un camarada.

Algo semejante decía Magda a Tilón después de estampar dos sonoros besos en sus mejillas.

Y, cuando la pareja vino a darse cuenta, se encontraron con que la puerta del camerino se había cerrado ante sus mismas narices.

—Me parece que nos han echado—dijo Tilón.

—Eso mismo estaba pensando yo.

—El caso es que se me ha olvidado decirle lo principal. Voy a ver si consigo...

Se disponía a golpear con los nudillos la puerta, pero Tilón le detuvo.

—¡Quieto! ¿No comprendes que con eso sólo lograríamos empeorar más la situación? Todo lo que ahora podemos hacer es esperar una ocasión más propicia.

Le cogió del brazo y tiró de él.

Al oírles bajar, Serafin, que estaba profundamente impresionado por la amabilidad de Tilón, corrió hacia la papelería pública donde había visto cómo el despechado aristócrata arrojaba una caja que

sin duda contenía flores, se apoderó de ella, volvió a su puesto y cuando Tilón cruzó el umbral, se la ofreció con un gesto lleno de galantería y elegancia.

A Tilín no le hizo gracia ninguna el obsequio, pero Tilón, más lista que él, le hizo callar mediante un pisotón en los callos y dió las gracias a Serafín, dirigiéndole

una mirada capaz de incendiar una caja de caudales.

Y cuando Tilín le pidió explicaciones sobre aquel proceder que le olía a cuerno quemado, Tilón contestó con esta imagen lapidaria:

—Si el portero se deja perforar la puerta, tenemos ganado el partido.

## V

En el café Cirano había gran animación. El dueño, un ventrudo caballero que amaba más los billetes de banco que a su costilla y a sus costillas, se frotaba las manos jubilosamente. En su vida se las había visto más gordas. El café Cirano hacía tan sólo quince días hubiera podido llamarse el café del Sahara, tan desierto estaba siempre. Ahora no se veía una sola mesa vacía desde que empezaban los números de variedades a la salida de los teatros hasta otra salida: la del sol.

¿Que cómo había podido realizarse un cambio tan radical en tan poco tiempo? Todo consistía en un nombre: Raul Roland. Desde que este nombre figuraba en los carteles los clientes del café Cirano habían aumentado a razón de cien por ninguno.

Raul Roland era el último protegido de la señora de Morel. La altruista y apasionada solterona había descubierto, Dios sabe dónde, que aquel joven tenía una excelente voz de tenor y gran desparpajo para moverse en las tablas.



## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

En seguida hizo tratos con él y Raul aceptó sin vacilar. Lo que aquella vehemente señora le ofrecía era nada menos que la celebridad a cambio de un poco de *gratitud*.

Ensayó un par de canciones y debutó inmediatamente en el café Cirano, pues todo estaba listo gracias a los trabajos preliminares de la señora de Morel que se comprometió a pagar las pérdidas si las había y a no cobrar nada si se ganaba mientras actuara Raul Roland.

Este era el tenor de quien aquella noche había hablado a del Val.

En efecto, Raul tenía en las tablas un gran porvenir. Cantaba con gusto extraordinario. Tenía un timbre de voz sumamente agradable y en cuanto a gracia, mímica y simpatía, llevaba todas las trazas de ser un segundo Chevalier.

El éxito fué especialmente ruidoso entre las damas, que le colocaron en ese lugar del corazón que en otro tiempo habían dedicado a Valentino. Como hombre debía de ser una cosa extraordinaria porque había que ver los disgustos conyugales que había ocasionado el *chaussonnier* desde que actuaba en el café Cirano.

Tanto era así, que el dueño del

establecimiento, comprendiéndolo, hacía la propaganda con carteles en los que se leía esta recomendación:

*Señorita: diga a su papá la lleve a ver a Raul Roland. Señora, convenza a su esposo de que la lleve al café Cirano para ver al tenor de moda.*

Ahora estaba en su camerino rodeado de admiradoras, algunas de las cuales, completamente reñidas con los convencionalismos sociales, no tenían inconveniente ninguno en sentarse en sus rodillas y en disputarse los puntos más estratégicos del rostro para depositar en ellos sus labios.

En esta ocupación se hallaba cuando entró la señora de Morel y, como de costumbre, se dirigió derechamente al camerino del protegido.

No era la primera vez que sorprendía una escena semejante, lo que le producía violentas convulsiones de celos que se resolvían frecuentemente en improperios contra las desvergonzadas rivales.

Una vez llegó incluso a las manos con una rubia que se permitió llamarla cacatúa, que era precisamente el ave más detestada por ella.

Al principio Raul le pedía toda

clase de excusas y hacia cuanto estaba en su mano para contentarla, pero después, cuando su arte se fué imponiendo y maldita la falta que le hacía ya la protección de la solterona, le hacía cada desaire que sólo una mujer tan vehemente y enamorada como la señora de Morel podía tolerar.

Ahora mismo la protectora se atrevió a decir:

—Raul, has de salir en seguida a escena y estás perdiendo el tiempo lastimosamente.

—¿Tú crees que estoy perdiendo el tiempo?—replicó Raul en tono zumbón.

Y como la que estaba sentada en las rodillas del tenor se echara a reír, la señora de Morel le dirigió una mirada incendiaria y se marchó por no provocar una hecatombe.

Se encontró con el dueño del café que la saludó con tanta reverencia como si la señora de Morel fuera la esposa del gobernador del estado.

—¡Querida señora de Morel!

Pero la dama no estaba para garrambainas y contestó furiosamente:

—¡Cuerno!

El dueño del café se llevó las manos a la cabeza. Sabía por ex-

periencia que en el mundo no había nada tan temible como la señora de Morel irritada.

—Pero ¿qué le han hecho a usted, querida señora?

—Haga el favor de no llamarme querida señora. Me molestan las cortesías empalagosas.

—Perfectamente, señora de Morel. Le aseguro...

—En vez de perder el tiempo con vanas excusas, más le valiera cuidar de sus artistas. Un tenor ha de tener mucho cuidado con las expansiones. Ha de sacrificarse para conservar su garganta.

—En efecto.

—¿En efecto? Pues allí tiene usted a Raul, el que sostiene su establecimiento, la base de su negocio, rodeado de vampiresas.

—Pero, señora, ¿qué quiere usted que haga yo? No tengo la menor autoridad sobre él. El otro día me permitió aconsejarme que no bebiera y me vació sobre la cabeza una botella de champaña.

—¿Y usted lo consintió?

—¿Qué remedio!

—Dé usted orden a los camareros de que no le sirvan bebidas de ninguna clase.

—Buena la haríamos si yo me atreviera a hacer eso. Me denun-



## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

ciaría a los agentes de la ley seca y después se marcharía a un teatro de Broadway, donde le han ofrecido un contrato.

—Bueno. Ya veo que no sirve usted para nada. Vaya a decirle que salga inmediatamente a escena.

—Pero ¡si no le toca todavía!

—¡Pues que le toque!

—¿No ve usted que está en escena la bailarina?

—¡Pues que se vaya la bailarina!

Corrió el dueño del café a solucionar el delicado asunto. Era preciso obedecer a aquella señora que pagaba íntegro el sueldo de Raul, a pesar de que bien podía pagarlo él de los ingresos que el tenor le proporcionaba.

Sostuvo una fuerte discusión con la bailarina, que también tenía su orgullo y cobraba cuatro cuartos, lo que hacía que el empresario se

sintiera fuertemente ligado a ella, y cuando, por fin, consiguió que suprimiera el último baile, estableció la lucha con Raul.

—¡A escena, señor Roland!

—Ahora no puedo. Ya le avisaré.

—Comprenda usted que...

—¡Déjeme en paz!

Entonces el dueño del cabaret recurrió al melodrama.

—¡Por Dios, señor Roland! El público le reclama. Sea usted benévolo con quien le vitorea y aplaude.

—Está bien. No quiero verle llorar.

Y, repartiendo golpecitos en las mejillas, dijo a sus adoradoras:

—Hijas mías, habréis de pasar a la sala de público.

Y, como ellas se resignaron fácilmente, el tenor pudo salir en seguida a escena.

## VI

El público, como de costumbre, le recibió con una ovación afectuosa. Las damas unieron las cabezas

para cuchichear y los caballeros dirigieron al escenario miradas furibundas.

Quien hubiera tenido el don de leer en las frentes humanas habría podido percibir frases como ésta en el pensamiento de las jóvenes:

—¡Qué hombre!; éste es mi tipo.

Y comentarios así en las mentes de las cuarentonas solteronas:

—¡Quién fuera Greta Garbo!

Y otras de este jaez en las cabezas de las señoras casadas:

—Esto es un hombre y no el barrigudo esperpento que Dios me ha dado por marido.

Después de varios números, a cual mejor acogido por las espectadoras, Raul cantó su número fuerte, aquel "Igual que tú" que la señora de Morel había encargado a uno de los ases del pequeño derecho y que se había popularizado rápidamente.

La señora de Morel, sola en un palco, sufría horriblemente al ver la voracidad con que los ojos femeninos seguían hasta los menores movimientos del genial artista, y, mucho más, cuando Raul correspondía con sonrisas y graciosos guiños a las que le parecían dignas de intentar el *flirt*.

Cuando terminó la canción que podía considerarse como uno de los puntales más firmes de su éxito, el público estalló en una ova-

ción cerrada y de todas partes salió el grito de:

—¡Bis! ¡Bis!

En este momento otro idolo de los públicos entró en la sala.

Era Magda Martín, y del Val, también de todos conocido, la acompañaba.

Estaba magnífica, asombrosamente bella y elegante. Los maridos se vengaron entonces de la pequeña traición de sus esposas, tributando a la vedette una ovación formidable, que ahogó los aplausos tributados por ellas al gentil Roland.

Ella correspondió con inclinaciones de cabeza a aquella espontánea demostración de simpatía, al mismo tiempo que se dirigía al palco cuya mesa había avisado del Val le reservaran.

El dueño del establecimiento, servil hasta el extremo, a causa de la alegría que aquella importante visita le produjo, se deshizo en reverencias y él, en persona, les condujo hasta la mesa y les prometió velar para que fueran bien servidos.

Raul había notado que la atención se desviaba momentáneamente de él, pero no le dió al hecho la menor importancia. Ni siquiera le interesó averiguar quién era la cau-

## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

sante de aquella oleada de sensación que se había producido en la sala. Tranquilamente, dió media vuelta y se dirigió silbando a su camerino.

Pero antes de que hubiera llegado a la puerta, se sintió fuertemente cogido por unos brazos robustos y nerviosos.

—¡Oh, señor Roland! ¿Sabe usted quién ha venido?

El que hablaba era el dueño del restaurante. Estaba muy agitado.

Raul le dirigió una mirada entre enojada y sorprendida.

—No creo que mi smoking tenga nada que ver con eso.

—¿Pero no sabe usted quién está en la sala?

—No me interesa.

—Si usted supiera quién es no diría eso.

—¿Usted cree?

—Estoy seguro.

—Bueno. Diga usted quién ha venido y concluyamos pronto.

—Pues ha venido Magda Martin, la reina de Broadway.

—Tanto gusto.

—Ha venido a verle.

—Dele usted las gracias de mi parte.

Se disponía a entrar en su camerino, pero el empresario le sujetó:

—Por lo que más quiera, señor

Roland. Cante usted algo y dedíquese a esa insignie artista... ¿Oye usted? Le piden el bía. Viene que ni pintado.

En efecto, el público pedía la repetición del número famoso.

Raul sintió piedad de la cara que ponía el dueño del café y, encogiéndose de hombros, salió al escenario, donde, restablecido el silencio, comenzó la repetición del número sensacional.

Entretanto se había-entablado un interesante diálogo entre Magda y del Val.

—Ya puede usted empezar a explicar esos argumentos que han de convencerme de que le ame.

—Antes permítame usted que me recree contemplándola y que saboree el placer de estar a solas con mi estrella en un rinconcito de restaurante.

—Pero ¿todavía no ha tenido tiempo de mirarme con el tiempo que llevo trabajando en su teatro?

—En el teatro la he visto en condiciones muy distintas. Créame que esta noche, al verme aquí a solas con usted, vuelvo a experimentar aquella sensación inolvidable de la primera noche que me permitieron salir después de cenar.

—El caso es que tengo interés por conocer esos argumentos con-



vincentes con que usted me ha amenazado.

—El argumento es sólo uno. Y, puesto que tanta curiosidad demuestra por conocerlo, aquí lo tiene usted: la amo.

—¿Eso es todo?

—¿Le parece a usted poco?

—Es bastante. Pero eso ya lo sabía yo. Amigo del Val, me ha decepcionado usted.

—Lo siento, pero no tengo más que decirle y si algo que ofrecerle.

Se había llevado la mano al bolsillo para extraer el estuche, pero en este momento la voz de Raul se dejó oír junto al palco y los dos, sorprendidos, volvieron la cabeza.

El tenor había bajado del escenario cantando su "Igual que tú", y poco a poco, por entre las mesas, recogiendo de aquí y de allá miradas centellicantes, se acercó al palco donde se hallaba Magda Martin para dedicarle el resto de la canción.

Rápidamente, inopinadamente, algo nuevo y extraño se produjo en el corazón de la *vedette*. Se sintió fuertemente atraída hacia aquel hombre, alegre, elegante, lleno de juventud y de simpatía.

Del Val supo leer en los ojos de Magda aquella curiosidad rayana en la vehemente simpatía y no pu-

do evitar un gesto de contrariedad.

Siguiendo el significado de la canción, Raul cogió una mano de Magda y trató de besarla, pero ella la retiró rápidamente. Entonces Raul retrocedió sin cesar de cantar y entonces se dió cuenta de que en el palco vecino había otra pareja. Concibió rápidamente un plan muy propio de su inveterado donjuanismo. Siguió cantando y cuando de nuevo tuvo que pronunciar la frase de *pleitesia*, se acercó a la dama del palco vecino, la cual se dejó besar la mano demostrando por la expresión de su semblante que lo mismo se la habría dejado morder.

Cuando volvió al palco de Magda, pudo advertir que ella le miraba ya de un modo que equivalía a una promesa de dejarse besar la mano si repetía la hazaña. Pero en este momento vió el cantante que el caballero que acompañaba a la dama del palco vecino se levantaba con un movimiento de indignación y se dirigía al guardarropa, y entonces, en un movimiento rápido, se fué hacia la abandonada y ocupó la silla del irascible caballero, donde terminó de cantar la popular canción.

El público acogió con carcaja-

## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

das el doble juego del artista y le tributó una de sus ovaciones más calurosas, mientras Magda permanecía pensativa, con un mohín de preocupación y disgusto.

—¿La ha molestado a usted ese pollo audaz, Magda?— inquirió del Val con el tono del hombre que está dispuesto a pedir inmediatamente una explicación.

—¿Molestarme?—repuso Magda indignada no sabía bien contra quién—. Todo lo contrario.

Batió palmas y dijo al camarero, cuando éste se acercó:

—Diga usted a ese tenor que venga.

Al recibir la orden, Raul estuvo tentado de responder que no le daba la gana y que si aquella dama quería entretenerse que se comprara un muñeco, pero en seguida se sobrepuso la curiosidad por saber

qué habría ocurrido en el alma de la estrella de Broadway al escuchar su canción, y acató la orden.

Al llegar, Magda le tendió la mano amablemente.

—Haga el favor de sentarse y aceptar nuestra invitación.

—Encantado.

Pero, al mismo tiempo que Raul se sentaba, del Val se levantó.

—En ese caso, Magda, tendré que marcharme yo.

—¡Oh! Le suplico...

—No le suplique usted nada, señorita. Este caballero se queda porque el que sobra aquí soy yo.

—Pero...

—No insista usted, señorita. No quiero causar disgustos de cierta índole.

Saludó cortés y jovialmente y se fué.

## VII

Del Val se excusó:

—Perdone usted, pero, la verdad, no podía agradarme que

nadie viniera a interrumpirme.

—Pues ha hecho usted muy mal. Su proceder equivale a una tiranía.

—Está muy lejos de mi ánimo ser un tirano.

—Por lo visto, no es dueño de sí mismo, ya que hace lo contrario de lo que piensa.

—Perdone, Magda, pero no podía imaginarme que un "chantre" de café nocturno, al que ha visto por primera vez, pudiera importarle más que un viejo amigo, del que ha recibido tantas pruebas de admiración y de afecto. Y aun tengo unas prueba más que darle, si usted me lo permite.

Había introducido la mano en el bolsillo en que guardaba el brazalete, pero la actitud que de pronto adoptó Magda le demostró que no era oportuno ofrecérselo.

Magda se puso en pie y dijo con un tono que no era precisamente afable:

—Lléveme a mi casa.

—¡Pero Magda! Ni siquiera se ha cumplido la mitad de esa media hora que me ha concedido usted.

—Lo siento, pero no puedo permanecer un minuto más aquí.

No tuvo más remedio del Val que llevarla a casa, ante la actitud resuelta de la *vedette*.

Y apenas Magda se encontró a solas en la intimidad de su alcoba, hubo un cambio general en ella, que demostró que su ánimo estaba

muy lejos del enojo que había aparentado ante del Val.

Había sido todo una estratagema para quedarse a solas, para poder entregarse enteramente a sus pensamientos.

Lentamente, absorta en maravillosas representaciones mentales que la hacían sonreír con ojos y boca, dominada por una sensación de felicidad nueva, extraña, inefable, comenzó a despojarse de galas y joyas.

Hubo un momento en que ya no tuvo nada de que despojarse. Sólo un breve sostén negro, de encajes y un pantaloncillo de parecidas dimensiones y de idéntico género y color, aparte las medias, velaban primores en aquella estatus viva, cuya piel de nácar contrastaba armónicamente con los encajes negros.

Fué un momento nada más, un relámpago deslumbrante. En los pies de la cama estaba el holgado camisón, esa prenda honesta, ejemplo de discreción que sabe rodear el cuerpo de una mujer resistiendo la voluptuosidad tentadora de ceñirse a él con un prolongado abrazo como otras prendas más sensuales.

Como si hubiera de una mirada oculta e invisible, o acaso de la



## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

amplia y brillante pupila del espejo, se refugió en el rincón más sombrío de la alcoba, allí donde ni ella misma podía verse y el cambio se realizó en el misterio más absoluto.

En este momento golpearon la puerta de la alcoba.

—Adelante, Felicia.

Y al mismo tiempo que Felicia abría la puerta, ella, con un abandono general, con una indolencia en la que participaban todos sus miembros, se dejó caer en el lecho.

Alzó la pierna para ofrecer el pie a Felicia, que le quitó el zapato y la media y friccionó brevemente aquella columna de nieve y rosa. Las piernas de una bailarina requieren tantos cuidados como la garganta de un divo. Por eso aquellos masajes eran tan frecuentes.

Felicia se quedó un poco perpleja al oír que Magda exclamaba en un tono sumamente sospechoso:

—¡Oh, Felicia! Acabo de conocer a un hombre que no es como los demás.

—Pero... ¡señorita!

—Comprendo que te sorprenda, porque la misma sorpresa he experimentado yo.

—Perdone la señorita, pero creo que no hemos coincidido como la señorita supone. Mi sorpresa es

sin duda muy distinta a la que la señorita ha experimentado. Lo de la señorita es íntima satisfacción; lo mío es inquietud profunda.

—¿Por qué, Felicia?

—Porque para una mujer no hay nada tan peligroso como haber conocido a un hombre que le parece distinto a todos los demás.

—¿Bah!

—Ya hablaremos más adelante, señorita, si los encuentros se repiten.

—Se repetirán, porque lo descó.

—¿No le digo? ¡La hecatombe! La señorita acaba de arrojar la tranquilidad y la independencia por una pendiente cuyo fin no se puede prever aún. Dios quiera que encuentren un obstáculo en la caída.

—Pero, Felicia. Tengo derecho a enamorarme.

—Sin duda, todas las mujeres tenemos o hemos tenido el derecho a ser desgraciadas.

—Estoy segura de que no tienes razón, Felicia. Hay amores desdichados y hay amores felices, porque hay hombres malos y también hombres buenos.

—¿Buenos? La señorita es demasiado joven todavía para lanzar esos juicios tan delicados. Por cada hombre bueno que la seño-

rita me presente, yo le presentaré veinte malos. Y, además, la señorita me permitirá estudiar a su hombre bueno, para ver si es realmente bueno, o tonto, cosa que tampoco puede representar la felicidad para una mujer.

—Por esa parte estoy tranquila. El mío se pasa de listo.

—No puede haber sintoma peor. Concretémos, señorita: ¿quién es ese hombre?

—Pues es Raul Roland, astro de cabaret. Joven, elegante, simpático. Un ídolo del público femenino.

—¡Válgame Dios! La señorita no sabe dónde se ha metido. Enamorarse de un hombre así es una desdicha comparable a enamorarse de don Juan Tenorio, si viviera. Porque supongo que la señorita no se resignará a ser un nombre más en la lista de un malvado.

—Querida Felicia: no soy una modistilla apasionada e inexperta. Soy Magda Martín, y a Magda Martín nadie la hace pasar por una humillación... Pero ¿quién piensa en eso ahora? Es noche de ensueños. Vete y déjame a solas con mis ilusiones. No quiero que nada perturbe esta deliciosa embriaguez espiritual que por primera vez siento.

Felicia le quitó en silencio el zapato y la media del otro pie, mientras la mirada de Magda, absorta en lejanas visiones, se fijaba, sin verlos, en los relieves del techo de la alcoba.

—Buenas noches, señorita.

Y ella contestó distraídamente: —Adiós.

Cuando se cerró la puerta, volvió Magda por un momento a la realidad.

Cubrió su cuerpo con las holandas del embozo, apagó la luz y quedó la estancia sumergida en la acariciante penumbra de la lamparilla roja, donde fulguraban con destellos misteriosos los ojos de Magda.

No supo el tiempo que estuvo sumida en aquel silencio de ensueño. De pronto sonó el timbre del teléfono que descansaba en la mesilla de noche. Se sobresaltó. Descolgó el auricular.

—¿Desea algo la señorita?— preguntó Felicia.

—No, gracias.

—Entonces, ¿puedo acostarme?

—Sí.

—Gracias. Que descanse la señorita.

Con mano trémula colgó el auricular. Aquella llamada había cons-

## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

tituido para ella una revelación trascendental y emocionante.

En su mano estaba comunicar en aquel momento con el hombre que había provocado en ella aquel estado deliciosamente anormal. En su mano estaba enviarle a través del hilo una palabra alentadora...

Jadeaba de emoción. Un estremecimiento mezcla de placer y de quietud recorría todo su cuerpo desde la nuca hasta los talones.

Asomó su brazo desnudo, blanco, redondo, magnífico sobre los encajes del embozo. Descolgó el auricular. Iba a preguntar a la telefonista el número del teléfono de Raul. Pero su decisión se había

enfriado rápidamente, ahogada por su propia emoción, creadora de íntimas cobardías.

Volvió a colgar el transmisor y se volvió de espaldas al teléfono como para alejar de su ánimo aquella tentación que de pronto se le había antojado peligrosa.

Y logró quedarse dormida.

Pero a la mañana siguiente, después de haber soñado con Raul, después de haberlo visto a través de un ensueño mágico, le pareció como si les uniera ya una amistad antigua y no vaciló en ponerse en comunicación telefónica con él para invitarle a que aquella tarde la visitara.

## VIII

Tilón fué a visitarla a primeras horas de la tarde y Magda le agradeció aquella visita que le ofrecía la oportunidad de dejar correr el raudal de sus confidencias y confesiones.

Tenia mucho que decir. Habría estallado de no encontrar un alma amiga que se prestara a escucharla.

Magda se había puesto un vestido nuevo, sencillo, de tonos vivos y alegres. Parecía otra. Era de ver



el cambio que se había realizado en ella durante el breve período de una sola noche.

Tilón, que iba con el propósito de pelear a su amiga de la infancia la influencia necesaria para el ingreso en el escenario de del Val, no tuvo tiempo ni siquiera de insinuar el tema.

Magda le contó todo lo que le había ocurrido desde que la noche pasada entrara en el café Cirano hasta aquel momento. Le habló con entusiasmo de colegiala que por primera vez va a lanzarse a una aventura fuera de los muros del colegio. Se lo contó con gran lujo de detalles.

—¿No te parece que he hecho bien en invitarle a venir?—preguntó cuando Tilón estuvo en antecedentes del caso sentimental.

Tilón, que en aquel momento había sacado un cigarrillo, se lo llevó a los labios con parsimonia reflexiva, como si estuviera pensando la respuesta que debía dar a aquella delicada pregunta. Después se levantó la falda hasta bastante más arriba de la rodilla, extrajo de entre la liga y la media una diminuta y primorosa caja de cerillas, encendió el cigarrillo, volvió a introducir la caja debajo de la media y contestó:

—Me parece muy mal.

—¿Por qué?

—Porque no es ese el hombre que te conviene.

—Pero si me acabas de decir que no lo conoces. ¿Cómo puedes juzgarlo?

—Me basta con las referencias que me has dado de él para saber lo que puede dar de sí. Créeme, si quieres ser feliz huye de los hombres demasiado guapos y adorados por el elemento femenino. Sólo dan disgustos. No son capaces de amar a una misma mujer durante dos semanas seguidas. Sigue mi ejemplo. Ahí tienes a Tilón. Es una calamidad, pero lo tengo tan seguro como si lo hubiera encerrado en una jaula. Además, tú tienes una proporción que harás una locura si la desprecias. Del Val es rico. Parece un hombre serio. A su lado tendrás aseguradas todas las comodidades que una persona puede desear.

—No me hables de del Val en estos momentos. No me gusta. En cambio, Raul...

—¿Pobre amiga mía!—exclamó Tilón en son de lamento—. Ese niño bonito te ha envenenado. Si no reaccionas a tiempo, te auguro un futuro lleno de calamidades.

—¿Es que todos los hombres

## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

guapos han de ser unos monstruos?

—Si no lo son, los hacen las mismas mujeres. Hasta el menos vanidoso reventaría de vanidad si le pusieran una corona de rey y le sentaran en un trono.

—Es que yo obligaría a Raul a que dejara el teatro y todas sus amistades.

—Ahora falta que él se conforme.

—Me parece que se conformaría. Pondría la mano en el fuego. Tilón se echó a reír.

—Es curioso. Estás hablando de él como si fuera ya tu prometido y sólo le conoces desde anoche.

—Te equivocas. Le conozco desde hace mucho tiempo. Es mi ideal de hombre y lo llevo años enteros en el corazón.

—Oyeme, Magda...

Pero en este momento se le ocurrió a la *vedette* consultar el reloj y dió un salto que hizo enmudecer a Tilón a causa de la sorpresa.

—¡Pero si va a llegar de un momento a otro!... Querida Tilón, te agradeceré que te vayas en seguida. El va a llegar y quiero que me encuentre sola.

—El caso es que he venido para decirte...

Pro Magda no la dejó terminar.

—Ya me lo dirás otro día...

Adiós, adiós. Está a punto de llegar.

Al mismo tiempo, la empujaba hacia la puerta.

Tilón se sintió impotente para contener aquel aluvión de palabras y empujones y, cuando vino a darse cuenta, ya estaba en la calle.

Desde entonces, Magda consultó el reloj alrededor de sesenta o setenta veces.

Estaba nerviosa, mucho más nerviosa que el día en que por primera vez se presentó en público.

Llamó a Felicia.

—Felicia, estoy muy nerviosa.

—No me dice la señorita nada nuevo. A la vista está.

—Felicia, necesito que me ayudes.

—¿A qué, señorita?

—A salir de este apuro en que me encuentro. No sé lo que me pasa. Creo que me quedaré parada como una tonta cuando llegue Raul. Tú tienes experiencia de la vida y puedes decirme qué he de hacer para quedar en buen lugar y que él no reciba una desilusión.

Felicia, aunque lo que deseaba era que el tenor se desilusionara hasta el punto de que no volviera a poner los pies en aquella casa, era fiel a su señorita y no podía traicionarla.



Repente Magda uno de sus números de baile.



...entregada ahora a las manos hábiles de Felicia que la acometen a un ligero masaje.





... cuando le transportó hasta su camerino el montón de regalos...



—... Acabo de conocer a un hombre que no es como los demás.

...para invitarle a que aquella tarde la visitara.



Después se levantó la falda hasta bastante más arriba de la rodilla.



...se encontró con que los labios de Magda estaban tan cerca de los suyos...



...y así primera que Magda y Raúl estaban abrazados.



La cabeza de ella descansaba sobre  
el pecho de él.



...mostró a los novios el brazalete...



...el padrino puso en la muñeca de la novia la magnífica pulsera.



Se detuvo a esperar...



...y en segunda apareció en escena Magda Merlán.



...extrajo una llave y se la entregó a Magda.





...estaba Magda verdaderamente espléndida



...la movieron a cerrar rápidamente la puerta

—Lo primero que ha de procurar—explicó la cuarentona—es darle la impresión de que es usted una mujer muy seria y prudente. Eso será una novedad para él, que está acostumbrado a tratar con mujeres descocadas.

—Pero ¿qué he de hacer para parecer una mujer seria?

—¡Caramba, señorita! Eso es muy difícil de explicar. ¿Qué hacía la señorita cuando vivía con sus papás en el pueblo?

—Entonces era una tonta. No podía hablar con nadie sin ponerme colorada.

—Pues quítele usted el color y tendrá el comportamiento justo que ha de observar.

—¡Pero eso no me conviene, Felicia!

—¿Por qué?

—Porque precisamente lo que yo pretendo es no parecer una niña boba.

—Sin embargo, eso es lo que le conviene.

—¿No crees que se aburrirá?

—Eso no es un mal, porque él, sin duda, está harto de diversión, y el aburrimiento le ofrecerá el atractivo de la novedad.

—Lo que yo quiero, Felicia, es que él no salga de aquí sin haber

empezado a hacerme el amor. Así volverá para continuar su obra.

Felicia exclamó elevando los ojos al cielo:

—¡Dios quiera que no la termine!

—Por Dios, Felicia. Déjate ahora de ridiculeces y dime qué he de hacer para inclinarte a la declaración.

—Pero ¿es posible que pregunte eso la mujer que más adoradores tiene en Nueva York?

—Eso es diferente. La adoración que yo pretendo que Raul sienta por mí no es la de la multitud de zánganos que me envían flores y tarjetas perfumadas.

—Perfectamente. Pues vamos a la lección... Mire usted. Lo primero que tenemos que hacer es dejar abierto el piano. Usted le recibe sentada en una silla, de modo que él tendrá que sentarse en otra y la charla se entablará a una prudente distancia. Después paseará usted distraída y se sentará en el sofá. Él sentirá inmediatamente el deseo de sentarse a su lado y aprovechará la primera ocasión que se le presente para cumplirlo. Al estar cerca de usted, que por cierto está hoy más guapa que de costumbre, no podrá reprimir alguna insinuación, algún ademán que será

## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

como el preludio de la declaración que usted desea.

—¡Oh, bravo!

—Pero usted se levantará inmediatamente.

—¡Qué inoportunidad! ¿No sería mejor que me quedara a su lado y me siguiera haciendo la ton-ta?

—No. Usted se levantará y se dirigirá al piano. Comenzará a te-cleear distraídamente y acabará sentándose para tocar lo mejor que sepa, la pieza más sentimental que

conozca. El se acercará para es-cucharla. Se emocionará. Sentirá al-go así como si su belleza estuviera ligada a la de la música. Y usted notará cómo, poco a poco, lo va teniendo más cerca, hasta que, de pronto...

—¿Qué?—inquirió Magda con vehemencia al advertir que Felicia se detenía.

—Eso, señorita, ya se lo com-pondrán ustedes.

Y, en este momento, sonó el timbre de la puerta.

## IX

Verdaderamente, fué para Raul una sorpresa y una novedad el re-cibimiento que le dispensó Mag-da.

Hasta la misma puerta le había conducido el auto de una amiga en cuyo interior iban dos amigas más.

Raul no esperaba encontrar en-tre aquellas mujeres y la que iba

a visitar más diferencia que entre una señorita de conjunto y una pri-mera *vedette*. Y más aun teniendo en cuenta que era la *vedette*, es-pontáneamente la que había provo-cado aquella entrevista.

Por eso quedó un poco descon-certado ante la timidez de cole-giala con que Magda le recibió.



Y era que aquella mujer que tantas veces había actuado ante una sala ahorrada de espectadores, se sentía realmente cohibida ante aquel hombre que tan particular impresión le había producido.

Se había sentado en una silla.

Raul ocupó otra que, a pesar de ser la que estaba más cerca, se hallaba a un par de metros de la de Magda.

Hubo una pausa. El desconcierto de la artista se había transmitido a Raul. Y así, en silencio, estuvieron hasta que Magda comprendió que era preciso poner término a aquella situación ridícula.

—Creo que hace calor ¿verdad?

No hacía calor, ni mucho menos, pero Raul repuso:

—Efectivamente.

—Desde que ha empezado a anochecer, ¿verdad?

—Cierto. Desde que ha empezado a anochecer.

Magda dirigió una mirada al sofá al mismo tiempo que se preguntaba si sería el momento de dirigirse a él. Pero no se atrevió a levantarse.

—Ahí debe de estar usted muy incómodo—dijo—. Puede sentarse en el sofá.

—¡Oh, no! Aquí me encuentro perfectamente.

—Yo también. Me gusta mucho esta silla porque es de nogal.

—¿Le gustan a usted los muebles de nogal?

—¿Acaso a usted no le gustan?

—Sí, pero los prefiero de abedul.

—Según la clase de mueble que sea. Algunos lucen más si son de cedro.

—Y otros si son de caoba.

—Y ¿qué me dice usted del palo rosa?

—Que es más duro el roble.

Callaron de pronto porque los dos se dieron cuenta de que estaban haciendo bastante el ridículo.

De pronto, Raul preguntó, señalando la banqueta del piano:

—¿Y esa banqueta de qué clase de madera es?

—¿De haya!

—¿Me permite usted que la pruebe?

—¡No faltaba más!

Raul se sentó en la banqueta y comenzó a pasear distraídamente los dedos por el teclado. Había sido todo una estratagemata para animar con la música aquella entrevista que tan violenta estaba resultando.

Magda quedó aterrada al comprender que el proceder del tenor volvía del revés todos los planes

## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

que había trazado de antemano. Sabía lo que Raul haría estando ella sentada al piano. Pero ¿qué le correspondería hacer a ella viendo él el que tocaba?

Pero, de pronto, todas estas preocupaciones se desvanecieron como el humo de un cigarrillo azotado por el viento. Raul había empezado a cantar al mismo tiempo que tocaba. Y la canción era mucho más dulce y expresiva que la famosa "Igual que tú" escuchada la noche anterior.

No necesitó consultar a nadie para conducirse del mejor modo que se podía conducir. Una fuerza interior la obligó a levantarse y a situarse al lado del piano, para contemplar embelesada a Raul.

Este, al verla, pareció encontrar la inspiración en su semblante y, desde aquel momento, la canción adquirió una emoción inusitada.

Cuando Raul lanzó la última nota, se encontró con que los labios de Magda estaban tan cerca de los suyos, que le era imposible respirar su aliento.

—¡Oh, Magda!—exclamó sin darse cuenta exacta de lo que hacía—. Es usted una mujer diferente a las demás.

Ella reaccionó en seguida. Le

pareció que se había dejado llevar de su emoción demasiado... demasiado cerca de la cara de Raul. Intentó rectificar frotándose, pero era ya demasiado tarde. Raul la había cogido de una mano y no parecía dispuesto a soltarla.

Desde este momento, será más discreto seguir la escena desde fuera de la estancia.

Felicia, que había colocado el sofá de modo que pudiera verse por la cerradura, estaba presenciando toda la escena y vio primero que Magda y Raul estaban abrazados y, después, que cruzaban juntos la estancia en dirección al diván.

Se sentaron, empezaron a hablar en voz baja. Estuvieron así un cuarto de hora, media hora, una hora. Felicia bostezó, se levantó para desentumecer los miembros. Buscó en el vestíbulo un asiento cómodo y se echó a dormir.

Pasaron horas enteras. Felicia despertó. Al mirar el reloj y ver que eran las tres, se preguntó qué habría ocurrido al otro lado de la puerta cuya cerradura había sido para su curiosidad como una pantalla cinematográfica.

Volvió a mirar a través de ella y se quedó estupefacta. Los dos estaban sentados aun en el sofá.

Los dos dormían. La cabeza de ella descansaba sobre el pecho de él, que, sin duda para que no ca-

yera, había formado con sus brazos una cadena en torno del cuerpo de la artista.

## X

La señora de Morel estaba que echaba chispas. No se sabía nada de Raul en el café Cirano ni en ninguna parte. Diez días hacía que no había acudido al café cantante, faltando a las condiciones del contrato, lo que, como es de suponer, también hacía maldita la gracia al dueño del establecimiento, que se había quedado sin clientes con la misma facilidad que una caja de prestidigitador se queda sin los palomos que una persona del público ha colocado en ella.

La señora de Morel no había visto a su tenor desde la noche en que, por haber dedicado una canción a Magda Martín, tuvo con él una escena que, en el "Otelo" de Shakespeare, no habría sorprendido a nadie.

No se le ocurrió relacionar a Magda Martín con la ausencia de Raul. En cambio, sospechó de todas las artistas y asiduas clientes del café Cirano.

Buscó en todos los rincones alegres de la capital, en todos los hoteles, en todos los teatros. Nada. Ni rastros de Raul. Sin duda, lo que "el muy canalla" se proponía era huir de ella, que es lo que hacen todos los donjuanes cuando han conseguido rendir la fortaleza femenina, especialmente cuando la fortaleza está ya empezando a arruinarse, como en el caso de la señora de Morel.

Así pensaba la apasionada señora, no teniendo inconveniente en reconocer que su ruina física comenzaba. Cuando la otra, la eco-



## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

nómica, se mantiene firme y floreciente, no hace falta ser un héroe para reconocer ciertas cosas.

Era la undécima noche de la desaparición de Raul. La señora de Morel estaba en un palco del café Cirano donde reinaba una soledad que no tenía nada que envidiar a la de los helados desiertos de Alaska.

Estaba dándole vueltas a una idea que de pronto había surgido en su mente: la de marcharse a Europa. Y, como no tenía a nadie que la retuviera en América y el gasto del viaje era para ella lo de menos, le bastó reflexionar durante un par de minutos para decidirse a adquirir el billete aquella misma tarde.

El dueño del café se acercó a ella, temeroso y gimoteante.

—Buenas tardes, señora de Morel.

La señora de Morel le dirigió una mirada de pantera enjaulada.

—¿Qué demonios se le ofrece a usted?

—Quería preguntarle a usted si sabía algo de Raul.

—De Raul sólo sé que es un sinvergüenza.

—¿Qué desdicha, señora de Morel! Voy a la ruina.

—¿Y a mí qué me importa!

Vaya, que usted se alivie. Si quiere algo de mí en Europa me encontrará.

—Pero ¿se va usted?

—Si le parece me quedaré aquí contemplanlo su bella cara.

—¡Oh! Por Dios, señora de Morel. ¡Sálveme usted! Búsqueme a otro Raul antes de marcharse.

—¡Déjeme en paz!

Del Val entró en aquel momento en el café Cirano.

Iba acompañado de Max. Tampoco él sabía nada de Magda desde hacía precisamente diez días. Cuantas veces había ido a visitarla le dijo Felicia que había salido, y, aunque el empresario sospechó que no le quería recibir, no pasó por su imaginación, ni remotamente, la causa de aquellos repetidos desaires.

Le sorprendió ver tan vacío el café Cirano. No había vuelto desde la noche en que Magda accedió a que le acompañase.

Se alegró de encontrar a la señora de Morel. Hacía días que venía deseando aquel encuentro para reanudar con ella las buenas relaciones que siempre habían tenido y que echaba de menos desde que decidiera llevar sus recomendados a otra parte.

—Allí veo a la señora de Morel—dijo a Max—. Déjame a solas con ella y verás con qué facilidad la trasteo.

Ya se había levantado la señora de Morel cuando llegó del Val.

—¡Qué sorpresa tan agradable, querida amiga!

—Lo mismo digo, aunque ni usted ni yo decimos verdad.

—Me parece excesiva tanta suspicacia.

—Nos conocemos bien, querido del Val.

—Señal de que somos buenos amigos.

Y preguntó cambiando de tono:

—Pero ¿qué pasa aquí, que no viene nadie?

—¿No se ha enterado usted? Hete diez días que no sabemos nada de Raul Roland.

—¿Diez días?

—Si incluimos el de hoy, once.

La sospecha surgió instantáneamente en el alma de del Val, que no en balde se había forjado en la astucia y en la suspicacia. El mismo tiempo hacía que no había logrado ser recibido por Magda. Recordó la escena, rápida pero elocuentísima, ocurrida en uno de aquellos palcos, entre Magda y

Raul, la última noche que la viera. E inmediatamente adquirió la seguridad casi absoluta de que la desaparición de Raul tenía estrecha relación con el misterioso retraimiento de la *vedette*.

Pero sin aludir para nada a estas sospechas, exclamó:

—¿Y no se les ha ocurrido a ustedes dar parte a la policía?

—¿A la policía? ¿Para qué? ¿Cree usted que me ha hecho perder el juicio hasta ese punto? Si ha huido, sus motivos tendrá... Y no me ha venido mal del todo, porque necesito descanso y voy a tomar inmediatamente un pasaje para Europa.

—¿A eso le llama usted descansar?

—Descansar de esta vida de artistas y escenarios.

Tuvo el empresario un gesto de contrariedad.

—Pues sí que lo siento.

—¿Por qué?

—Vengo a tratar un asunto referente a su tenor, con usted, y resulta que usted se marcha a Europa y que su tenor ha desaparecido.

—¿Y qué asunto era ese, si se puede saber?

—Pues que su tenor tomará par-

## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

te como primera figura en mi próxima revista y que el negocio lo hicieramos a medias entre usted y yo.

—Verdaderamente es una proposición tentadora. ¿Cómo no se le ocurrió hacérmela antes?

—Porque no conocía a su tenor.

—Pues ya ve usted lo que hay. Créame que siento no haber podido aprovechar esta oportunidad de reanudar las buenas relaciones que entre usted y yo habían quedado interrumpidas.

—Entonces—puntualizó del Val—si yo encontrara a Raul ¿Ievaríamos a cabo el negocio?

—¿Encontrar a Raul?—exclamó la señora de Morel con una mezcla de sospecha y de esperanza—. ¿Es que tiene usted alguna pista?

—Desgraciadamente, no tengo la menor idea de cómo ni dónde le podré encontrar—mintió el empresario—, pero buscaré y no se-

ria el primero que encontrara lo que busca.

La señora de Morel tuvo una sonrisa de duda.

—¡Más que he buscado yo!...

—Eso no obsta para que yo siga buscando. ¿Usted se compromete a asociarse conmigo si lo encuentro?

—Desde luego. Pero como estoy segura de que no lo ha de encontrar, no suspendo mi viaje a Europa.

—Eso es cuenta suya. Para mí su palabra vale lo mismo estando usted en Nueva York que en el polo Norte.

Se estrecharon la mano.

Del Val se apresuró a ir al encuentro de su "segundo".

—Gran negocio a la vista. La mitad de los gastos correrán de cuenta de la señora de Morel. Sólo tendremos que procurar que no ocurra lo mismo con las ganancias.



## XI

Las sospechas de del Val se confirmaron plenamente. La desaparición de Raul y el retraimiento de Magda estaban tan íntimamente relacionados que, cuando logró entrevistarse con Magda, ésta le anunció para cuarenta y ocho horas después su boda con el tenor.

No esperaba del Val que las cosas hubieran llegado tan lejos y, con la consiguiente contrariedad, comprendió que el negocio pactado con la señora de Morel estaba perdido.

Se resignó fácilmente al pensar que el otro, el relacionado exclusivamente con la *vedette*, y el cual no podía llamarse propiamente negocio, estaba por realizar todavía.

Con una conducta hábilmente hipócrita, consiguió captarse de nuevo la confianza de la *vedette* y el día de la boda tomó parte en ella como padrino.

La víspera del día en que había de celebrarse el acontecimiento, mostró a los novios el brazalete que aun no había encontrado ocasión de regalar a Magda, y comprobó con íntima satisfacción que los ojos de la *vedette* relampagueaban con esa especie de adoración que la generalidad de las mujeres sienten por las joyas.

Dijo que lo había adquirido para regalarlo, pero no precisó más y la duda aumentó el deseo de posesión que había despertado en Magda la visión de la joya.

Al día siguiente, durante la comida de ritual, el padrino puso en la muñeca de la novia la magnífica pulsera.

—¡Oh, gracias!—repuso Magda trémula de alegría.

En cambio, Raul no pudo evitar un gesto de profunda contrariedad.

## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

De pronto, se abrió la puerta y aparecieron dos personajes que Magda había tenido la distracción de no invitar y que, al enterarse de que Magda estaba celebrando sus bodas, se dispusieron sin pérdida de tiempo a reparar el olvido de la novia. Y, como se habían enterado también de que el padrino era del Val, fueron preparados para aprovechar la ocasión demostrando al empresario que harían un magnífico papel en cualquiera de sus revistas. Ni que decir tiene que se trataba de la pareja Tilín-Tilón.

Promovieron un regular escándalo, primero en la puerta porque el criado no les dejaba entrar y después felicitando a los novios, para lo cual Tilón estampó media docena de formidables besos en las mejillas de Magda, y Tilín golpeó la espalda de Raul con el mismo ímpetu que si estuviera sacudiendo una alfombra.

Después la emprendieron con el empresario y Tilín se disparó vomitando el fuego nutrido de sus palabras.

Nadie se enteró de lo que aquel hombre decía, pero se formaron una idea aproximada acerca de ello cuando vieron que Tilín se di-

rigía al piano y Tilón comenzaba a cantar, a accionar y a brincar con más fe que si estuviera actuando en el "Metropolitan".

Los comensales habían empezado por sumirse en una tristeza profunda, pero pronto sus semblantes se animaron, pues es de justicia reconocer que Tilón dominaba el baile cómico como pocas y tenía una voz bastante agradable.

Los únicos semblantes que no cambiaron de expresión fueron los de Magda y Raul, que no estaban en aquellos momentos para recibir a nuevos invitados, sino que lo que anhelaban era que se fueran cuanto antes los que ya habían recibido.

Menos mal que encontraron el modo de poner remedio a la situación. Ella le guiñó un ojo a él. El la comprendió tan perfectamente como si le hubiera hablado al oído y los dos aprovecharon la primera oportunidad para desalzarse al jardín cuya puerta se hallaba muy cerca de donde estaban sentados.

Lo más notable fue que tanto Tilón como Tilín obtuvieron un éxito ruidoso y que del Val les prometió reservarles un puesto en la revista que pronto iba a preparar.

Se armó una regular algazara cuando los invitados se dieron

cuenta de la desaparición de los navíos y se improvisó una brigada de investigación para buscarlos.

Max se acercó a del Val y le dijo en voz baja:

—Me parece que te has quedado sin brazalete y sin mujer.

Pero del Val repuso con una sonrisa:

—Eso habrá que verlo.

## XII

La primera condición que Magda había puesto a Raul para casarse con él fué que dejara la escena. Con lo que ella ganaba había más que suficiente para cubrir los gastos de la casa. Por otra parte lo que él podía ganar era tan insignificante, que no valía la pena de que continuara la lucha.

Raul tenía argumentos para combatir esta opinión de Magda, pero no hizo uso de ellos al comprender el verdadero motivo de aquella actitud. Lo que Magda quería era alejarle de aquel ambiente propicio a la infidelidad conyugal, y más tratándose de un hombre como él que tan merecida

aureola de donjuán se había creado.

Transigió con esta pequeña tiranía e incluso sintió cierta complacencia ante el hecho de que Magda tuviera celos desde antes de casarse.

Pero ¡qué lejos estaba de sospechar lo que ocurriría finalmente!

Pasaron las primeras semanas, días de felicidad y ensueño en que sólo pensaban en su amor. Empezaron los ensayos de la nueva revista que preparaba del Val. Empezó para Raul una vida de tedio y humillación.

Había tenido que recurrir a la amistad del loro y el perro que



siempre habían sido compañeros inseparables de Magda. Cuando se cansaba de jugar con ellos se entretenía bromeando con Felicia, y cuando se cansaba de esta especie de juego infantil, recurría al piano.

Para poder cantar y actuar como si estuviera en escena, enseñó a Felicia, nota a nota, a teclear el acompañamiento de sus canciones.

Pero todo era insuficiente para llenar las largas horas de aburrimiento. Magda tenía ensayo a todas horas. Por la mañana ensayo, por la tarde ensayo. Sólo la noche tenía libre, pero ésta había de dedicarla a dormir para poder levantarse temprano al día siguiente.

Un día, cuando ya estaba cansado de cantar, de bailar, de jugar con el loro y de bromear con Felicia, halló un nuevo modo de distraerse que hasta entonces no se le había ocurrido: sacar al perrito a pasear.

Dió un salto de alegría, cogió en brazos al perro y echó a correr con tanto entusiasmo como si le fueran a dar un premio cuando terminara la carrera.

Enfrente de la casa había un parque. Respiró a pleno pulmón el aire libre y se perdió en el laberinto que formaban los caminos entre la abundante vegetación.

\* \* \*

Acababa de llegar Magda, cuando recibió la visita inesperada de del Val.

Ante su gesto de asombro, el empresario sonrió.

—Le sorprende verme por aquí, ¿verdad?

—Como acabamos de separarnos en el teatro...

—Es que lo que le tengo que decir es un poco delicado y en la compañía hay muchos oídos indiscretos.

Magda le ofreció asiento.

—Usted dirá, amigo mío. Veremos qué sale de ese tono de misterio.

Del Val se sentó, estuvo un momento pensativo y dijo por fin, como si le costara gran trabajo hacer aquellas manifestaciones que había calificado de delicadas:

—Se trata, amiga Magda, de que los pagos se han acumulado sobre mí de tal modo, que he agotado todas las reservas. La nueva revista me está costando más cara que ninguna. He recurrido a un prestamista y éste me exige que le deje en garantía un objeto de va-

lor. He pensado en la pulsera que le regalé. Si usted quisiera presérmela...

Magda no pudo reprimir un gesto de sorpresa. Hubiera esperado cualquier cosa de del Val menos que recurriera a ella para una cuestión económica.

—No le extrañe, Magda, que recurra preciamente a usted teniendo tantas amistades. Es que esas amistades no son como la que siento por usted. Me sentiría humillado si tuviera que recibir este favor de otro cualquiera. De usted, en cambio, lo recibo como de una hermana... Desde luego, se la devolveré tan pronto como estremos. Ya sabe usted lo que se ingresa los primeros días.

Había hablado con un tono tan afectuoso, tan sincero, que Magda llegó a conmoverse.

—Desde luego, puede usted contar con ella. Pero en este momento no la tengo aquí. Se estropeó el cierre y la he llevado a arreglar. Mañana se la llevaré al teatro.

—No esperaba menos de usted, Magda. No olvidaré en la vida esta prueba de verdadera amistad.

Aprovechó la ocasión para forzar el tono confidencial y comenzó a contar a Magda, en tono quejumbroso, una serie de desdichas

espirituales. Se equivocaba el que le creyera un hombre feliz. Había conseguido una posición reservada a muy pocos por la suerte. Tenía un negocio importante y la consideración social. Sin embargo...

Magda, incauta, se sintió impresionada vivamente por las desventuras que del Val le iba refiriendo. No podía olvidar que, al fin y al cabo, él había sido el que la lanzó al público de Broadway. Desde un principio había tenido con ella toda clase de consideraciones. Ni la explotó ni la exigió nada a cambio de la gloria que iba a darle.

Del Val, al ver el efecto que había producido en el alma noble de la *vedette*, intensificó más todavía el tono quejumbroso y le habló de un amor imposible que le atormentaba. Poco a poco, fué dejando entrever a Magda que aquel amor era ella, y, de pronto, como en un arrebató de pasión irrefrenable, rodeó a la artista con sus brazos y trató de completar su acto de vehemencia con un beso.

Ella se defendió y le rechazó enérgicamente.

Y fué en este momento cuando Raul llegó a la puerta, de regreso del parque.

XIII

De pronto, en el cruce de dos caminos, se había dado de manos a boca con la señora de Morel.

Los dos recibieron una gran sorpresa, aunque de índole muy distinta.

—¡Oh, Raul! ¿De dónde has salido?

—De mi casa... Pero sólo para un momento. Habré de volver en seguida.

—¿Cantas todavía en el café Cirano?

—No.

—Pero ¿qué es de tu vida? Acabo de regresar de Europa y no sé nada de lo que ha ocurrido por aquí.

—Pues lo mismo me pasa a mí aunque no he estado en Europa.

—Si te hubiera encontrado antes de partir habría suspendido el viaje. Del Val me hizo una proposición tentadora. Te voy a explicar de qué se trata.

Pero Raul acababa de darse cuenta de que el perro se le había escapado, y, dando un salto, echó a correr en persecución del chuchó, al mismo tiempo que gritaba: "¡Ya me lo contará otro día!"

Una vez dió alcance al perro, regresó a casa, y entonces fué cuando, al llegar junto a la puerta del salón, oyó una voz de hombre mezclada a la de su esposa.

Se detuvo a escuchar y ya no oyó nada. Era que Magda, con su actitud enérgica había logrado desprenderse de los brazos de del Val y éste había quedado un poco confuso, sin saber qué decir ni qué actitud adoptar.

Volvió a oírse la voz de Magda.

—Por cierto, señor del Val, que ahora me doy cuenta de que he ido demasiado lejos en mi promesa de prestarle lo que usted me pide. Antes he de consultar a mi marido.



Entonces abrió la puerta Raul.

—¿Desde cuándo la gran Magda Martín necesita consultar las cosas a su *pobre* marido? ¿Tan grave es lo que acaba de tratarse en esta habitación?

—Lo que aquí se ha tratado no tiene nada de particular, amigo mío—repuso del Val que había recuperado toda su sangre fría—. Cosas del negocio teatral.

Pero, temiendo que las cosas iban a enredarse, se despidió de los esposos y se marchó.

Al quedar a solas con Magda, Raul le preguntó asperamente:

—¿Qué quería ese tipo?

Aquel tono sorprendió y desagradó a Magda. Estaba acostumbrada a que su marido aceptara todos sus actos sin intervenir en ellos ni, mucho menos, protestar.

—Del Val no es un tipo. Es mi empresario—replicó enojada.

—Del Val es un mentecato, y estoy harto de oírte hablar de él. En esta casa sólo se oye hablar de tus papeles, de tus ensayos, de tus éxitos y de tu empresario. ¡Esto no es un hogar! ¡Es el camerino de una estrella que sólo piensa en su arte y en la vanidad de sus éxitos!

Trémula de indignación y de orgullo, Magda lanzó esta réplica sin meditarla:

—No debieras quejarte de lo que nos da lo que los dos necesitamos para vivir.

Raul se estremeció. Dirigió a su mujer una mirada en la que se mezclaban la cólera y el desprecio, y exclamó:

—Esperaba esta afrenta. No me extraña lo más mínimo. Sabía que tenía que llegar.

Lanzó una carcajada nerviosa. Magda se dio cuenta de que había ido demasiado lejos.

—No he querido ofenderte, Raul—dijo un poco asustada ante la actitud descompuesta de su marido.

—Es inútil que trates de rectificar. Además, tienes toda la razón. No soy más que un parásito en esta casa. Y eso se acabó. No quiero seguir siendo el marido de Magda Martín. Desde hoy vuelvo a ser Raul Roland.

Fué inútil que Magda le pidiera perdón y le suplicara. Raul cogió el sombrero y salió de aquella casa con el firme propósito de no volver a poner los pies en ella.

\*\*\*

Se le tributó un recibimiento triunfal en el café Cirano.

## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

El dueño se abalanzó sobre él con los brazos abiertos.

—¡Querido Raul! ¿Vuelve usted a trabajar?

—Desde esta misma noche.

—¡Oh, bravo! Corro a improvisar unos carteles.

Le rodearon todas las artistas que formaban parte del programa y cada una tuvo para él una palabra o un gesto de amistad *vehemente*.

Pero, de pronto, apareció la señora de Morel y ésta batió el record del entusiasmo. Se abalanzó sobre él, le tiró de un brazo, se lo llevó aparte y le comunicó los planes que había pactado con del Val antes de marcharse a Europa.

Raul se quedó un poco perplejo.

—¿Trabajar en la revista de del Val?

—Sí.

—¿En qué condiciones?

—De eso no hay que hablar. Tú serás allí *el amo*, como se dice vulgarmente.

Esto interesó a Raul sobremanera. Ser el amo en un teatro donde trabajaba la esposa que le había humillado. Poder incluso desplazarla a un segundo término exigiendo él el primer puesto en la compañía, era más de lo que hubiera podido soñar para dar una

lección a la orgullosa Magda Martín.

—Aceptado—dijo resueltamente.

En seguida funcionaron los teléfonos y, momentos después, la señora de Morel y Raul se dirigían al teatro donde se ensayaba la nueva revista de del Val.

El empresario estaba en un palco cuando entró Max a decirle que el tenor y su protectora acababan de llegar.

—Perfectamente, que pasen.

Tilón y Tilín, que habían logrado por fin que del Val les contratara, terminaban de ensayar en aquel momento y en seguida apareció en escena Magda Martín.

La señora de Morel y Raul entraron en el palco. Saludos, exclamaciones de falsa alegría.

—Me alegro mucho de que se haya decidido usted, amigo Raul, a tomar parte en mi revista.

Raul miraba al escenario, donde su esposa evolucionaba con arte incomparable. Además, estaba extraordinariamente bella con su fantástico disfraz de mariposa y esto fué precisamente lo que le movió a decir:

—Pero sólo trabajaré con una condición.

—¿Cuál?

—La de que despida usted a esa artista que está ahora bailando.

La demanda no extrañó a del Val. Sospechaba que algo había ocurrido entre los esposos cuando Max le anunció que la señora de Morel había telefonado anunciando su llegada en compañía de Raul.

Sin embargo, encontró ciertos inconvenientes para aceptar la petición de Raul.

—El caso es que hay un contrato por en medio y...

—No se preocupe del contrato—dijo la señora de Morel—. Se le abonará lo que sea y asunto concluido.

—En ese caso, repuso del Val, no hay más que hablar.

Llamó a un ordenanza y, por medio de él, mandó a decir a Magda que suspendiera el ensayo.

Ella se quedó estupefacta.

—¿Por qué?

—No sé, señora. Eso me ha encargado el señor del Val que le diga.

Y, encerrada en su camerino, Magda estuvo largo rato sumida en un mar de confusiones.

Por primera vez era víctima de una humillación semejante. Y por primera vez tuvo que llorar un desencanto doloroso.

#### XIV

Del Val sabía muy bien que el momento más propicio para obtener de una mujer concesiones es aquel en que acaba de recibir un gran desengaño. Por eso fue a su camerino después del ensayo.

Le dió toda clase de explicaciones y esperanzas. Los negocios tie-

nen a veces desagradables exigencias. Pero todo se arreglaría satisfactoriamente cuando, pasados unos días, "los ánimos se calmasen".

—Pero ¿los ánimos de quién?

—Del que me ha obligado a que retire su nombre del programa.



—Necesito saber quién ha sido el que ha exigido semejante cosa.

—Puesto que usted lo quiere, se lo diré. Su marido.

—¡Raul!

—Sí, Raul.

—Pero...

No pudo continuar. Los sollozos la ahogaron.

—Vamos, vamos—intentó consolarla del Val—. No hay que tomarlo tan por lo trágico. No han de faltarle hombres que la sepan querer y respetar como ese morigote no ha sabido. Ahora, a descansar. Mañana hablaremos.

—¡No quiero volver a mi casa! ¡Podría estar él y no quiero verle! Me marcharé a un hotel.

Del Val comprendió la oportunidad que aquella decisión significaba para él.

—¿A un hotel? Tendría que ser un monstruo para consentirlo. Usted puede dejar de ser mi *vedette*, pero será siempre mi mejor amiga. Nunca le faltará mi afecto respetuoso y desinteresado. Vamos a mi casa. Allí arreglaremos esto.

Vivía en el mismo edificio en que estaba el teatro. Subieron. Continuaron allí las protestas y lamentaciones de Magda y las palabras astutamente consoladoras de del Val.

Ella consultó de pronto el reloj y decidió marcharse. Pero del Val la retuvo.

—Eso no lo consentiré de ningún modo. Usted se quedará aquí esta noche. Mañana, cuando esté más tranquila, tome las determinaciones que quiera, y le prometo aceptarlas. Esta noche, en el estado de apasionamiento en que se encuentra, sólo locuras pueden ocurrirle.

—No puedo pasar la noche en el piso de un soltero—opuso Magda.

—Está usted en casa de un caballero, amiga mía, y no debe preocuparle su estado. Además, usted dormirá en mi habitación y yo ocuparé la que reservo a los huéspedes.

De una cajita que había sobre el velador extrajo una llave y se la entregó a Magda.

—Tenga. Círrase por dentro. ¿Quiere más garantía de que sólo deseo su bien y su tranquilidad?

Aquella prueba decidió a Magda a aceptar el ofrecimiento de del Val e incluso le dió las gracias.

Cuando Magda entró en la habitación, cuando cerró la puerta y dió vuelta a la llave, del Val sonrió burlonamente. Volvió a abrir la cajita que descansaba sobre el

velador y extrajo una llave idéntica a la que había entregado a Magda.

\* \* \*

Muy lejos de sospechar el peligro que la amenazaba, la artista empezó a desnudarse. La vuelta que había dado a la llave le proporcionó tal sensación de seguridad que las prendas fueron cayendo a sus pies hasta que sobre el pedestal de sedas, crespones y encajes, surgió una maravilla de nieve y nácar. Estaba Magda verdaderamente espléndida. Sólo un breve sostén de encajes negros y unos pantaloncillos del mismo género y color interrumpían la blancura prodigiosa de la estatua viva.

Del Val, desde fuera, oyó el fru-fru de las finísimas ropas y se imaginó a Magda ocupada en la tarea de desnudarse. Esto le produjo un estremecimiento de sensualidad al que en vano habría intentado sobreponerse y, empuñando la llave, se dirigió a la puerta. Magda percibió el ruido que se

produjo en la cerradura y, poniéndose apresuradamente el kimono que del Val había colgado a los pies de la cama, se dirigió a la puerta y abrió.

Sorprendió un movimiento rápido de del Val. Se había llevado la mano al bolsillo como si guardara algo que tuviera interés en ocultar. Pero no dió al hecho toda la importancia que tenía.

—¿Ha llamado usted?—preguntó.

—Sí. Sólo quería saber si necesitaba algo.

Lo débil de la excusa y algo inquietante que advirtió Magda en la mirada del empresario, la movieron a cerrar rápidamente la puerta. Le cogió los dedos, pues su mano se había aferrado al borde con un gesto que acabó de inquietarla.

Cerró y dejó la llave puesta, después de hacerla girar dos veces.

Quedó absorta, muda de terror. ¿Quería decir todo aquello que del Val la había engañado y que, por lo tanto, estaba ahora a su merced?

Casualmente, sus ojos se fijaron en la espléndida pulsera que era el regalo de bodas de del Val y

## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

cohró de pronto hacia la joya una tan viva repugnancia que se la quitó y la arrojó sobre el lecho con el mismo gesto de terror que si hubiera tenido entre las manos un reptil venenoso.

Inmediatamente se dedicó a pensar el modo de librarse del peligro que la amenazaba y el horror paralizó sus movimientos al advertir que la habitación no tenía más puerta que aquella que guardaba del Val y que, por lo tanto, estaba irremisiblemente perdida.

Volvió a oírse el ruidillo inquietante en la cerradura, pero cesó al sonar el timbre de la puerta.

Reconoció la voz de Tilón que decía agitadamente:

—¿Dónde está Magda?

—Magda no está aquí—repuso del Val.

—¡Está aquí y es preciso que la vea!

Comenzó a golpear todas las puertas que veía cerradas. Al llegar a aquella tras la cual escuchaba Magda lo que ocurría en el salón, la *vedette* la abrió y tiró de su amiga volviendo a cerrar rápidamente.

Tilón estaba más aterrada que ella.

—Raul se ha enterado de que estás aquí. Alguien te ha visto subir con del Val y le ha faltado el tiempo para lanzar a los cuatro vientos la noticia. Está furioso. Viene hacia aquí. Es preciso hacer algo si quieres salvar tu honor y acaso tu vida.

Y en este momento volvió a sonar el timbre de la puerta. En seguida se oyó la voz de Raul.



## XV

—¿Dónde está mi mujer?—preguntó clavando en del Val una mirada amenazadora.

—¿Cómo puedo saberlo yo si usted, que es su marido, no lo sabe?

—No disimule. ¡Mi mujer está aquí!

—¿Quién le ha dicho semejante tontería?... ¡Tiene gracia la broma!

Pero la tranquilidad de del Val no se comunicaba al espíritu de Raul. Dirigió en torno suyo una mirada y ésta se detuvo sobre la puerta de la habitación de del Val. Se dirigió resueltamente a ella y la abrió. Vió bajo las ropas del lecho la forma de un cuerpo humano y, de un furioso zarpazo, echó el embozo a los pies de la cama.

Se quedó como el que ve visiones. Era Tilon la que estaba allí. Desde fuera oyó del Val la carcajada

de satisfacción que lanzaba y ahora el sorprendido fué él.

—Perdone, amigo mio—dijo Raul al mismo tiempo que salía—. Todo ha sido una confusión lamentable.

¿Qué diablura salvadora se le habrá ocurrido a Tilon?", pensó del Val.

Y para acabar de llevar la calma al espíritu de Raul, le ofreció un coctel que él aceptó de buen grado.

Fuó una torpeza de del Val. Ya iba el tenor a llevarse la copa a los labios cuando vió sobre una butaca el bolso de Magda. Sus labios se crisparon con un rictus de ira, arrojó la copa al suelo y cogió el bolso.

—Si no está aquí—dijo con voz sorda, como si mordiera las palabras—, ha estado. Después de es-

## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

cucharla a ella, nos veremos usted y yo.

Se fué dando un portazo tremendo, que fué para Tilon como una señal de que ya podia bajar del lecho.

Al mismo tiempo, se abrió el armario de luna y salió Magda, pálida como la cera.

—No sé lo que pensará de mi tu marido, pero el caso es que te he salvado.

—¿Salvada? ¿No le has oído afirmar que he estado aquí?

—Sí, has cometido la imprudencia de dejarte fuera el bolso y lo ha visto. Pero todo que fuera tan fácil de solucionar como eso. Haber estado en una casa es muy distinto a estar en una alcoba de una casa donde hay un hombre solo.

—¿Qué has pensado?

—Ya te lo diré. Ahora vámonos de aquí. Cuanto antes salgamos de esta casa, mejor.

Magda dirigió a la puerta una mirada temerosa, pero Tilon sonrió terriblemente.

—No temas. Viviendo conmigo no se atreverá a rechistar. Le sacaría los ojos.

Y, en efecto, del Val, que no tenía ganas de quedarse ciego, las dejó marchar sin oponer la menor resistencia.

\* \* \*

La desolación de Magda no tenía límites. Después de pasar toda la noche y medio día reflexionando, se convenció de que no podía vivir sin Raul, pero era el caso que no sabía cómo poner término a aquella situación desastrosa que su imprudencia le había creado.

Recurrió a Felicia, lloró en sus brazos como en los de una madre, le contó todo lo ocurrido, y la experta fámula le dió la segunda lección provechosa de su vida.

—Deje a un lado el orgullo. Vaya a buscarle. Déjese ver. Y si él no va a usted al verla, vaya usted a él. Y si él la rechaza, insista. No se avergüence de llorar si las lágrimas acuden a sus ojos. Y, si es preciso, caiga a sus pies de rodillas.

Magda se dispuso inmediatamente a seguir el consejo. ¿Vergüenza, humillación? Nada le parecía vergonzoso ni humillante con tal de recuperar a su Raul.

Fué al teatro y se deslizó en un palco. Allí con el corazón anhelan-

te, esperó a que Raul saliera a escena y la viese.

\* \* \*

Pero precisamente en aquel momento, el tenor, que había recorrido todo el teatro buscando a Magda, se encerró en su camerino donde dió rienda suelta a su desesperación, destrozando cuantos objetos encontraba a mano.

El traspunte fué a anunciarle que era el momento de su número, pero tuvo que echar a correr sin terminar la frase, pues Raul se revolvió furioso e hizo ademán de arrojarle la caja de las pinturas.

Fuó a dar cuenta de lo sucedido a del Val, y como en aquel momento estaba hablando con la señora de Morel, ésta dijo al empresario que dejara el asunto de su cuenta.

De no haber sido una mujer, la señora de Morel habría corrido la misma suerte que el traspunte, pero al ver a la solterona, Raul se conformó con decirle:

—¡Vaya usted y su revista al demonio! ¿Se creen que he venido

aquí a divertirles a ustedes? ¡Fuera, fuera de aquí!

Al oír aquellas voces, del Val hizo acopio de valor e irrumpió en el camerino, para tranquilizarle.

—¡Vamos, Raul! Le aseguro que no hay motivo ninguno para que se ponga usted así.

—¿Que no hay motivo? ¿Y es usted, el culpable, el que habla así?

—Sufre usted una lamentable confusión.

—Lo único que quiero saber es dónde está Magda. ¡Hable! ¿Qué ha hecho usted de ella?

—Le aseguro que no sé nada.

—¡Es usted un miserable! ¿Como se confirman mis sospechas, despídase usted de las narices!

Pero, de pronto, alguien que se había detenido a escuchar a la puerta del camerino irrumpió un poco atolondradamente.

—Magda está ahí fuera. En un palco. La acabo de ver.

La que había dado esta gran noticia era Tilón.

Raul echó a correr hacia la puerta, pero la señora de Morel le detuvo.

—Un momento, Raul. ¿Quién es esa mujer?

Había hecho la pregunta en el tono exigente de quien tiene derecho a pedir explicaciones.



## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Pero el tenor, que en aquel momento no estaba para conceder derechos a nadie, exclamó:

—¿Qué quién es? Pues hasta ayer fué mi esposa. De hoy en adelante, veremos.

Había subrayado la palabra esposa con tanta ferocidad, que la señora de Morel no se atrevió a hacer la menor objeción.

Raul volvió a dirigirse a la puerta, pero esta vez fué Tilón la que lo detuvo.

—¡Espera, hombre! Tengo una cosa para ti. Creo que te interesará enterarte de esto.

Le entregó un pequeño envoltorio que Raul desenvolvió.

Contenía la pulsera de Magda y una carta. Leyó esta. Iba dirigida a del Val y decía así.

"Muy señor mío:

Le devuelvo la pulsera que usted me regaló. Para evitar deber favores a ningún hombre, que puede creerse con derecho a cobrarlos, he decidido desde hoy no aceptar regalos de nadie más que de mi marido al que amo—entiéndalo bien—más que a nadie en el mundo, y con un amor único, exclusivista, que rechaza cualquier otro afecto que pase de los límites de la amistad.

He venido a devolverle la pulsera personalmente, pero como no está usted y he de marcharme, le dejo el encargo a mi buena amiga Tilón que se ha prestado generosamente a hacerme este favor.

*Magda Martín.*"

Cuando terminó de leer la carta Raul lloraba de alegría. No creyó, después de lo que había visto, que Tilón se quedara precisamente para hacer un favor a su amiga. Eso ya lo sabía Tilón de antemano, pero estaba dispuesta a llevar su sacrificio hasta el fin. Su conciencia estaba tranquila y Tilón no había de enterarse porque estaba segura de la discreción de Raul y más tratándose de un asunto tan delicado. De modo que el único mal que aquella farsa le reportaría, sería que formara sobre ella un desdichado concepto, y esto estaba para ella compensado por la satisfacción de haber devuelto a Magda la felicidad que ya daba por perdida.

Raul había levantado los brazos al cielo y lanzó esta exclamación empapada de emoción y de alegría:

—¡Gracias, Dios mío!

Después se volvió hacia del Val. No había en sus ojos el menor ves-

tigio de su pasado rencor. En aquel momento de felicidad inefable, su alma no podía menos de perdonarlo todo.

—Tenga usted, señor del Val. Quédese con su brazalete y lea usted esta carta. Deseo que le sirva de lección para bien y tranquilidad de todos.

Finalmente se encaró con la señora de Morel.

—Y usted, amiga mía, reciba las gracias por lo mucho que ha hecho por mí. Pero ya sabe usted mi situación: tengo una esposa a la que amo tanto como ella me ama a mí y no quiero cometer la más ligera infidelidad conyugal. De modo que usted, mejor dicho, ustedes dirán si debo continuar ensayando, o si he de considerarme despedido. Ni qué decir tiene que para que trabaje yo en la revista ha de volver a ocupar su puesto mi mujer.

La señora de Morel y del Val se miraron.

Los dos debieron de pensar que si se quedaban sin el tenor y sin la *vedette* perderían mucho más que quedándose sólo sin el amor de él

y el amor de ella, porque del Val contestó:

—Por mí, aceptadas las condiciones.

Y la señora de Morel dijo:

—Y por mí no hay más que hablar.

\* \* \*

Entonces Raul pudo salir corriendo del camerino sin que nadie le detuviera.

Fué al palco donde Magda estaba sentada. La llamó. La cogió por ambas manos cuando ella, trémula de emoción y de sorpresa, pasó al antepalco que era donde él estaba. Le dijo:

—Magda, perdóname por haber dudado de ti.

Y como ella, en vez de contestarle, rompiera a llorar de alegría y de ternura, él la atrajo hacia su pecho y la retuvo allí, acariciándola con amor infinito, hasta que pasó la ola de emoción y quedó sólo la felicidad que fundía los dos corazones en uno solo.

FIN

Letra de la canción IGUAL QUE TU

CREACIÓN DE ROBERTO REY

Andante en busca de un amor  
que mi alma hiciera despertar;  
por fin yo encontré a una mujer  
muy ~~sebreca~~ igual que usted.  
Sus encantos pude yo apreciar  
y mi alma entera hacer vibrar.  
Mas nunca supo ella el martirio  
de mi delirio... por amar.  
Y sus labios me besaban ¡ay!  
igual que tú.  
Sus miradas me mataban, ¡ay!  
comprenez vous?

Igual que una flor, madame,  
~~se~~<sup>se</sup> marchitó su amor, madame,  
por falta de calor, madame,  
igual que tú.  
Era una dulce tentación  
igual que tú,  
pero no tenía corazón  
igual que tú.  
Ya puedes comprender, madame,  
Es falso su querer, madame,  
pues esa es la mujer, madame,  
igual que tú.

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,  
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.  
Barcelona: Barberá, 16. — Madrid: Ferraz, 21



# COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las ediciones especiales

## La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS

La Vinda Alegre.—El Gran Desfile.—Miguel Stranoff o El Correo del Zar.—La princesa que supo amar.—El coche número 13.—Sin familia.—Mere Nostrum.—Nauris, el hombre que se vendió.—Cobra.—El fin de Montecarlo.—Vida bohemia.—Zaza.—Adiós juventud!—El judío errante.—La mujer desnuda.—Casanova.—Hotel Imperial.—La da Ramona.—Don Juan, el hortelano de Sevilla.—Noche Nupcial.—El Séptimo Cielo.—Sean Geste.—Los Vencedores del Purgio.—La Muriposa de Oro.—Ben-Hur.—El Demonio y la Carne.—La Castellana del Líbano.—La Tierra de indios.—Tripoli.—El Rey de Reyes.—La ciudad castigada.—Sangre y Arena.—Águilas triponentes.—El Sargento Malacata.—El Capitán Barrell.—El Jardín del Edén.—La Princesa mártir.—Ramona.—Dos Amantes.—El Príncipe estudiante.—Ana Karenina.—El destino de la carne.—La mujer divina.—Alaa.—Cuatro hijos.—El carnaval de Venecia.—El ángel de la calle.—La última cita.—El enemigo.—Amantes.—Moulin Rouge.—La Ballarina de la Ópera.—Ben Ali.—Los Cuatro Diablos.—¡Kin, payaso, cine!—Volga, Volga.—La Sinfonía Patética.—Un cierto muchacho.—¡Nostalgia!—La ruta de Singapore.—La Acriz.—Mister Wu.—Renacer.—El despertar.—Las tres pasiones.—La melodía del amor.—Cristina, la Holandesa.—Viva Madrid, que es mi pueblo!—Sombras blancas.—La omplá andaluza.—Los cosacos.—Ilexros.—El conde de Montecristo.—La mujer ligera.—Virgenes modernas.—El Pagano de Tahití.—Estrellitas dichosas.—Rato es el cielo.—La sonda del 98.—Espejismos.—Evangelios.—Orquídeas salvajes.—El caballero.—Egoísmo.—La Muestra del Diablo.—El pan nuestro de cada día.—Vieja hidalguía.—Posesión.—Tentación.—La pecadora.—El beso.—Ella se va a la guerra.—Las Hijas de Nadie.—El pescador de perlas.—Santa Isabel de Cerro.—Las dos huérfanas.—La Canción de la Rata.—El precio de un beso.—La raposada del recuerdo.—Delicatasen.—Del mismo barro.—Estrellados.—Cuatro de Infantería.—Olimpia.—Monsieur Sans Gêne.—Sombras de gloria.—Mamba.—Ladrón de amor.—Molly (La gran parada).—El valiente.—De frente.—marchen!—Prim.—El presidio.—Romance.—El gran charco.—Trompestad.—El Dios del Mar.—Anne Christie.—Sevilla de mis amores.—Horizontes nuevos.—Ben-Hur (edición popular).—La incorregible.—El malo.—El paro real.—Hajo los tachos de París.—Wu-li-Chang.—Montecarlo.—Camino del infierno.—¡Mio será!—¡Alaluya!—La mujer que amamos.—Aí compás de 3/4.—La princesa se enamora.—Amor de amor.—El gran desfile (edición popular).—Du Barry, mujer de pasión.—La vinda alegre (edición popular).—Ángeles del infierno.—Cuerpo y alma.—El impostor.—Esposa a medida.—Esclavas de la moda.—Petit Café.—Hay que casar al Príncipe.—Inspiración.—El proceso de Mary Dugan.—En cada punto un amor.—Marruecos.—¿Conoce a tu mujer?—El millón.—La mujer

que han constituido otros tantos éxitos para esta Colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.



El magnífico asunto

# LA LEY DEL HAREN

por **JOSÉ MOJICA**, Carmen Larrabeiti, María Alba, etc.

Con todas las canciones de la película

Edición extraordinaria

Portada a todo color

**Precio: 1 peseta**

---

En **LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA MODERNA** acaba de aparecer:

## CHANTAGE

Dramático asunto, interpretado por Joan Bennett, Hardie Albright, etc.

---

En **LA NOVELA CINEMATOGRAFICA DEL HOGAR** acaba de aparecer:

## POR UN PAR DE PIJAMAS

Diverso asunto, interpretado por Jeannette Mac Donald y Victor Mac Laglen

---

En los **EXITOS CINEMATOGRAFICOS** acaba de aparecer:

## EL ESTUDIANTE MENDIGO

Opereta, interpretada por Jarmila Novotna, Hans, Heinz Bollman, etc.

## ¡Últimos grandes éxitos!

- El precio de un beso, por José Mojica y Mona Meris. (6 ediciones)  
Del mismo barro, por Mona Meris y Juan Toranzo. (6 ediciones)  
Ladrón de amor, por José Mojica y Mona Meris. (4 ediciones)  
El valiente, por Juan Toranzo. (2 ediciones)  
El presidio, por José Crespo. (2 ediciones)  
El gran charro, por Maurice Chevalier y Claudette Colbert. (2 ediciones)  
Sevilla de mis amores, por Conchita Montenegro y Ramón Navarro. (3 ediciones)  
Ben-Hur, por Ramón Navarro y May Mac Avoy. (Edición popular)  
La incorregible, por Enriquez Sarana y Tony D'Algy  
El malo, por Balzac del Río y Edmund Lowe  
El pavo real, por la genial «estrella» Mae Murray  
Bajo las teclas de París, por Albert Prédau, Pola Vilar y Gaston Madau  
Wu-Li-Chang, por Ernesto Vilches, Angélica Benítez y José Crespo  
Montecarlo, por Juanito Mac Donald y Jack Buchanan. (2 ediciones)  
¡Mia será!, por Jeanette Mac Donald y Reginald Denny  
Aislado (el alma negra), por Daniel L. Haynes, Nina Mae y Mac Kinney  
Camino del infierno, por María Alba y Juan Toranzo  
La mujer que amamos, por Vilma Banky  
Al campés de 3/4, por Graft Thelmer, Yvonne Hingger y Walter Janssen  
La princesa se enamoró, por Charles Farrell y Maureen O'Sullivan  
Amorcer de amor, por Norma Shearer, Lewis Stone y Robert Montgomery  
El gran desfile, por John Gilbert y Renée Adorée. (Edición popular)  
Du Barry, mujer de pasión, por Norma Talmadge, Conrad Nagel, William Farina, Robert Bosworth, etc.  
La vida alegre, por Mae Murray y John Gilbert. (Edición popular)  
Ángeles del infierno, por Jean Harlowe, James Hall y Ben Lyon  
Cuerpo y alma, por Jorge Lewis, Ana María Custodio, José Nieto, etc.  
El impostor, por José Turcos, Blanca De Castellón, Carlos Villalón, etc.  
Esclavas de la moda, por Carmen Larrañe, Blanca De Castellón, Julio Peña, Félix de Pomés, etc.  
Petit café, por Maurice Chevalier, Yvonne Vallée, etc.  
Hay que casar al Príncipe, por José Mojica, Conchita Montenegro, etc. (3 ediciones)  
Inspiración, por Orelia Garbo, Robert Montgomery, Lewis Stone, etc.  
El proceso de Mary Dugan, por María Ladrón de Guevara, José Crespo, Ramón Pereda, Rafael Bivallas, Elvira Noria, etc.  
En cada puerto un amor, por José Crespo, Conchita Montenegro, Juan de Landa, etc.  
Marruecos, por Marlene Dietrich, Adolphe Menjou, Gary Cooper, etc.  
¡Conoce a la mujer!, por Carmen Larrañe, Ana María Custodio, Rafael Bivallas, Miguel Ligero, Manuel Arbo, etc.  
El millón, por Annabelle, René Lefèvre, Vanda, Gracille, etc.  
La mujer X, por María Ladrón de Guevara, José Crespo, Rafael Bivallas, etc.



**Recuerde usted  
este título  
que acaba de aparecer**

# **Trader Horn**

**La película milagro de  
METRO - GOLDWYN - MAYER**

**Sensacional asunto**



**Ediciones BISTAGNE  
publica siempre lo mejor  
entre lo mejor**

¡NOVEDAD! Fotografía en colores de

## JOSÉ MOJICA

en papel couché superior y pegada a cartón,  
formando así un verdadero cuadro

Pídala a su librero    ¡Venta enorme!    Precio: 30 cts.

Se está agotando la quinta edición de la nueva  
BIOGRAFÍA-INTERVIU de

## JOSÉ MOJICA

Con letra de los canciones: El precio de un beso, Ladrón de amor  
y Hay que casar al Príncipe.    Precio: 50 cts.

Éxito de la colección  
de asuntos rusos

## EL FILM RUSO

Números publicados: El exprés azul, El batelero del Volga, El  
pueblo del pecado, El espía, La danza roja y Iván, el terrible.

Precio: 50 cts.

No deje de adquirir:

## La Novela Cinematográfica del Hogar

Inmejorables asuntos · 32 páginas de amena y sana literatura  
Postal-regalo en bicolor.

Precio popular: 30 cts.

Coleccione usted la nueva novela

## EXITOS CINEMATOGRAFICOS

Números publicados: ¡Danzad, locos, danzad! y El estudiante  
mendigo.

Precio: 50 cts.

NOTA IMPORTANTE: Si le interesa alguna novela y no la en-  
cuentra en su quiosco o librería habituales, pídanosla y,  
contra remesa de su importe en sellos de correo o giro  
postal, según su cuantía, se la enviaremos seguidamente.

---

## La Novela Cinematográfica del Rogar

Números publicados:

1. Puertas cerradas - 2. Madre pecadora - 3. Estrella simbólica - 4. La losa del pasado - 5. La mujer de Ardenia - 6. Jimmy, el misterioso - 7. Nueva mujer, nueva vida - 8. Amanecer - 9. Tras la cortina - 10. Los misterios de Londres. (La divina pecadora) - 11. En la vieja Arizona - 12. Honrarás a tu madre - 13. Noblesse oblige - 14. Su majestad El Amor - 15. Amor sin teatro - 16. Eugénie Grandet - 17. Ana contra el mundo - 18. La hermana blanca - 19. De mujer a mujer - 20. Mujeres frívolas - 21. No me olvides - 22. El caballero del amor - 23. Estrellas fugaces - 24. Tolditas de oro - 25. Un nombre de la amistad - 26. El prisionero de Zenda - 27. Sentas traicioneras - 28. El príncipe Struvos - 29. Pórbol, amor y toros - 30. Hombres pelirrojos - 31. Sed de cariño - 32. Luna de miel - 33. Akari (la hechicera oriental) - 34. El príncipe de los diamantes - 35. Una mujer en Wall Street - 36. Las tres hermanas - 37. Cara a cruz - 38. La cule del amor - 39. La batalla de París - 40. Males compañeros - 41. El conquistador - 42. La caza del millón - 43. El enamorado silencioso - 44. El príncipe X - 45. Concierto gitano - 46. ¿Quién disparó? - 47. El capitán Tormenta - 48. Arco iris - 49. Estrellas del «Edén» - 50. Siete días con Noéncia - 51. ¿Que hombre tan guapo! - 52. Baladón - 53. La santa amistad - 54. Dramas del circo - 55. El reporter del diablo - 56. Vértigo del tango - 57. La noche es nuestra - 58. El premio de belleza - 59. ¡Siempre alerta! - 60. El misterio de Villa Elena - 61. El testamento Nodetbof - 62. Oro y sangre - 63. Ingenuidad peligrosa - 64. La locura del oro - 65. Hermanas frívolas - 66. Estrellas de Occidente - 67. ¡Desempeñado! - 68. Un plato a la americana - 69. La casa de la fecha - 70. es defensor - 71. Jóvenes pecadoras - 72. Esposas de médicos - 73. Su hombre - 74. ¡Viva mi amor! - 75. Todo por el arte - 76. Flor de pasión - 77. Por un par de plumas

Los números van acompañados de una artística postal-bicolor

---







Precio: Una peseta